



Número 226
Mayo 2022

HERMANOS DEL ESPÍRITU SANTO



*Preparando el reinado
del Espíritu Santo*

Nacida para fundar y para gobernar

La Madre De Lestonnac reunía en grado inusual las cualidades físicas y morales que le parecían indispensables para llevar a cabo sus difíciles deberes.

A los 54 años, con la autoridad que da la experiencia, tenía el ascendente que ejercen siempre un exterior imponente y una fisonomía en la que la gravedad se alía sin esfuerzo a la gracia y se siente iluminada desde dentro por el esplendor de un alma poco común. Sobre ella decía una religiosa, que había recibido el velo de sus manos, que la hermosura corporal, escollo donde vienen a zozobrar la pureza y la humildad de tantas otras, era un rayo divino que infundía respeto e inspiraba una sagrada atracción a la virtud. Cuando sus hijas la veían en oración, cuando la oían hablar de cosas espirituales, todos sus sentidos, todas sus facultades se concentraban para verla, para oírla. Les parecía que esa belleza natural, que resplandecía extraordinariamente en su rostro, se había transformado en la

de los bienaventurados para hablarles, manifestándose.



Antigua estampa de Santa Juana de Lestonnac

Pero eso no era más que un pálido reflejo de su belleza moral. Complaciente, afable, educada, era a la vez una mujer amable y fuerte. A una inteligencia superior, a un juicio recto, a un sentido práctico admirable, aunaba una voluntad enérgica, un corazón varonil. Nacida para fundar y para gobernar, era de una actividad infrecuente, de una penetración de espíritu que le permitía captar al momento la totalidad de una cuestión o de un asunto, valorar las ven-

tajas, medir las dificultades, prever los resultados. He ahí el secreto humano de su prontitud en la decisión, de su constancia, insensible al desaliento, en la prosecución de empresas a menudo erizadas de obstáculos. Véía la meta y, segura de sí misma, caminaba hacia ella; y la gracia, que la hacía actuar, decuplicaba sus fuerzas.

COUZARD, Rémi. «La Bienheureuse Jeanne de Lestonnac». Paris: Lecoffre, 1904, pp. 70-71.

HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XX, número 226, Mayo 2022

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 902 199 044

www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

<i>Escriben los lectores</i>	4		<i>Educar y educarse para la libertad</i>	34
<i>Esposa fidelísima del Espíritu Santo (Editorial)</i>	5		<i>Auxilio en cualquier situación</i>	38
 <i>La voz de los Papas – María Santísima: cumbre de los milagros de Dios</i>	6		<i>Heraldos en el mundo</i>	42
 <i>Comentario al Evangelio – Espíritu de amor y de paz</i>	8		<i>Sucedió en la Iglesia y en el mundo</i>	44
 <i>Casa de Dios y Puerta del Cielo</i>	16		<i>Historia para niños... – La vela pretenciosa</i>	46
 <i>La sagrada esclavitud de amor</i>	20		<i>Los santos de cada día</i>	48
 <i>La promesa de Abrahán en las manos de una mujer</i>	24		<i>Un mensaje recibido con amor y adhesión</i>	26
 <i>Beata Margarita Pole – El precio de la integridad</i>	30		<i>La cadena indestructible de María</i>	50



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido de la revista directamente desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.es



ESCRIBEN LOS LECTORES



NAZARENOS MEDIOCRES DE OTRORA... Y DE HOY

Al leer el *Comentario al Evangelio* de enero se percibe cuán verdaderas y actuales son esas palabras que, con discernimiento profético, denuncian y desentrañan no solamente la actitud de los nazarenos mediocres de otrora, sino también y, sobre todo, la de los nazarenos contemporáneos, ciegos voluntarios, de apariencia piadosa.

De hecho, cuántos llevan el nombre del Señor en sus labios, pero de Él sólo esperan el espectáculo piro-técnico de los milagros terrenos, la oracioncita que sosiega el corazón y la satisfacción vulgar de la conciencia sofocada por la adhesión a una parte de la verdad y no a la verdad entera.

Pidámosle a Nuestra Señora que nos haga conocer y amar la verdad tal como es y, eso sí, arrojando precipicio abajo todo lo que nos aparta de Ella.

Julienne Santos
Vía revista.arautos.org

SAN LUIS GRIGNION DE MONTFORT

Estoy a cargo de las redes sociales del Apostolado de la Medalla Milagrosa en Filipinas. Les escribo con el fin de pedirles autorización para usar la foto de una imagen de San Luis Grignon de Montfort que encontré en su sitio web; sería para una tarjeta conmemorativa de su fiesta que publicaríamos el día 28 en nuestra página de Facebook y en nuestro *feed* de Instagram. Tengan por seguro que de ser concedido el permiso será debidamente mencionada la fuente y que su uso se limitará a fines no comerciales, únicamente la publicación en redes sociales.

Muchas gracias y que Dios les bendiga.

Kevin Angelo Eguía
Manila – Filipinas

SEGUIR SIENDO CATÓLICO PARA ALCANZAR LA PAZ Y EL RESPECTO AL PRÓJIMO

Leyendo el artículo *Más acerca de la paz: ¿cómo alcanzarla?*, vemos y confirmamos qué errónea es la concepción de un estado laico, impuesto a nuestro país por gobiernos pasados. Porque, históricamente, somos un país católico, en su origen jesuita, y así deberíamos seguir siéndolo para alcanzar nuevamente la paz y el respeto al prójimo.

Mario Sergio Dias de Vasconcelos Costa
Sete Lagoas – Brasil

BENEDICTO XVI: PALABRAS ENRIQUECEDORAS, QUE FORTALECEN LA FE

Con respecto al artículo *En Belén, el Cielo y la tierra se tocan*, publicado en la sección *La voz de los Papas*, me parece excelente que se considere el trabajo de nuestro Papa emérito Benedicto XVI, su pensamiento, el análisis de cada pasaje de los Evangelios. Para mí es muy enriquecedor, fortalece mi fe.

Noemi Araya
Vía revistacatolica.org

CLARIDAD DE ARGUMENTOS Y PROFUNDIDAD

Soy periodista y educador del servicio de la ADE, en la región de Altamura. Les escribo porque leí la revista *Heraldos del Evangelio* de enero y no sabía ni de su existencia ni de que fuera un periódico de referencia. Debo felicitarlos por la claridad de los argumentos y por su profundidad.

Personalmente yo soy objeto de un milagro de Nuestra Señora de Fátima, pues el 13 de octubre de 2018, fe-

cha de su última aparición a los pastorcitos, tuve un grave accidente de carretera con mi por entonces prometida Tiziana, hoy mi esposa, y nos salvamos gracias a su intercesión. A partir de ahí mi vida ha tomado un rumbo diferente.

Todo lo que hago es el Señor que actúa por mí; el hombre viejo murió para dar lugar al nuevo, como decía San Pablo. Aquel accidente, aquella gran luz que vi mientras estaba adormecido, fue la que él vio en Damasco. Ambos estábamos ciegos y hoy locos de amor por Cristo y la Verdad, que es Él.

Gaetano Ragone
Modugno – Italia

«INFALIBLE SOCORRO MATERNO»

Siempre le he rezado a Dña. Lucilia pidiéndole ayuda en mis estudios. ¡Es impresionante! Siempre me atiende, de forma milagrosa.

Doña Lucilia, madre nuestra, ¡ayudadnos!

Prof. Felipe Nery
Vía revista.arautos.org

DE UNA FERVENTE ADMIRADORA

Soy una ferviente admiradora de los Heraldos del Evangelio y sigo las misas y el Rosario a través de su plataforma digital. Hago partícipes de sus oraciones a mis padres, que, aunque padecen de Alzheimer, pues ya tienen 94 y 95 años, se conectan al Santo Rosario y a las misas.

María Elizabeth Morales Maldonado
Vía revistacatolica.org

ESPIRITUAL Y CULTURALMENTE ENRIQUECEDORA

Felicito a todo el personal que contribuye en la elaboración de esta revista de tan alta calidad, con excelentes textos y bellas imágenes, espiritual y culturalmente muy enriquecedora.

Leonardo Fernandes Antão
Lisboa – Portugal

ESPOSA FIDELÍSIMA DEL ESPÍRITU SANTO

En el paraíso, Adán y Eva vivían las sagradas nupcias selladas por el Altísimo. La concordia reinaba entre ellos, con la promesa de fecundidad y de dominio sobre la Creación (cf. Gén 1, 27-28). Creados a imagen de Dios, hombre y mujer se unían en una sola carne en estado de inocencia (cf. Gén 2, 24-25).

La caída original, no obstante, fracturó ese orden primevo. La culpa acarreó el litigio de la primera pareja, cuya posteridad sería engendrada en medio de dolores. Al mismo tiempo, se divorciarían del Creador, huyendo de su presencia (cf. Gén 3, 8).

El remedio para el primitivo pecado tendría que ser acorde con su gravedad: la Encarnación del Verbo de Dios. Sin embargo, esto no era suficiente. Considerando el contexto conyugal de la culpa, hacía falta que su remisión fuera dentro del seno de una familia, la única digna del adjetivo *sagrada*. María, ya desposada con José, fue la elegida para cooperar en el orden hipostático y redentor. Además, convenía que una virgenmadre reparara tanto la pérdida de la inocencia como la fecundidad corrompida por Eva. Finalmente, para que se restableciera el vínculo con el Creador era necesario un desposorio con Él mismo, en la Persona del Espíritu Santo, que cubriría con su sombra a la «llena de gracia» y engendraría al Hijo de Dios (cf. Lc 1, 28.35).

Como todo matrimonio, esta unión con el Paráclito es indisoluble. Así pues, Nuestra Señora fue Esposa fidelísima del Espíritu Santo no solamente con ocasión de la Encarnación, sino para siempre, incluso durante la educación de su divino Hijo y en la consumación de su Pasión redentora. Pentecostés fue como un aniversario de bodas, cuyos «fuegos artificiales» se irradiaron de Ella hacia los Apóstoles y luego hacia todo el orbe.

María será perpetuamente llamada bienaventurada por la generación y nutrición no sólo de Jesús —«Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron» (Lc 11, 27)—, sino también de la progenie espiritual que de Ella nació a lo largo de los tiempos. Por lo tanto, como Medianera universal y en unión con el «Espíritu de toda gracia», la Madre del Salvador continúa participando de la generación de hijos de Dios por el Bautismo y de su formación a través del sacramento de la Confirmación y de la infusión de los dones septiformes.

Pero en nuestros días la iniquidad se ha vuelto tan universal que parece que vivimos en una situación análoga a la de nuestros primeros padres después de su caída. De modo que la única solución para la humanidad consiste en un remedio a la manera de la Redención, así como un nuevo influjo del Espíritu Consolador: «Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rom 5, 20).

En este sentido, muchas revelaciones privadas apuntan hacia una restauración de la sociedad, previa al fin de los tiempos, el Reino de María. En esta era de gran retorno de gracias, «los hombres», comenta Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, «participarán en grado altísimo del amor que une al divino Espíritu Santo a Nuestra Señora». Y San Luis Grignon de Montfort completa: «Cosas maravillosas acontecerán en este mundo, donde el Espíritu Santo, encontrando a su Esposa como reproducida en las almas, en ellas descenderá abundantemente, colmándolas con sus dones, particularmente del don de sabiduría, a fin de obrar maravillas de gracia».

Todo esto sucederá por la perpetua y matrimonial fidelidad de María al Divino Paráclito. ✧



*Nuestra Señora del
Divino Amor -
Colección
particular*

Foto: Teresita Morazzani



María Santísima: cumbre de los milagros de Dios

En la bula en la que declara el dogma de la Inmaculada Concepción, Pío IX enaltece los incontables privilegios y virtudes de Nuestra Señora, consciente de que nada es suficiente para exaltar a aquella que es superior a toda alabanza humana y angélica.

El inefable Dios, cuya conducta es misericordia y verdad, cuya voluntad es omnipotencia y cuya sabiduría alcanza de límite a límite con fortaleza y dispone suavemente todas las cosas, habiendo previsto desde toda la eternidad la ruina lamentabilísima de todo el género humano, que había de provenir de la transgresión de Adán, y habiendo decretado, con plan misterioso escondido desde la eternidad, llevar a cabo la primitiva obra de su misericordia, con plan todavía más secreto, por medio de la Encarnación del Verbo, para que no pereciese el hombre impulsado a la culpa por la astucia de la diabólica maldad y para que lo que iba a caer en el primer Adán fuese restaurado más felizmente en el segundo, eligió y señaló, desde el principio y antes de los tiempos, una Madre, para que su unigénito Hijo, hecho carne de Ella, naciese, en la dichosa plenitud de los tiempos, y en tanto grado la amó por encima de todas las criaturas, que en sola Ella se complació con señaladísima benevolencia. [...]

La criatura más unida a Dios

La gloriosísima Virgen, en quien hizo cosas grandes el Poderoso, brilló con tal abundancia de todos los dones celestiales, con tal plenitud de gracia y con tal inocencia, que resultó como un inefable milagro de Dios, más aún, como el milagro cumbre de todos los milagros y digna Madre de Dios, y allegándose a Dios mismo, según se lo permitía la condición de criatura, lo más cerca posible, fue superior a toda alabanza humana y angélica.

Y, por consiguiente, para defender la original inocencia y santidad de la

La Virgen brilla con tal abundancia de dones celestiales y con tal plenitud de gracia que es como un inefable milagro de Dios

Madre de Dios, los Padres de la Iglesia no sólo la compararon muy frecuentemente con Eva todavía virgen, todavía inocente, todavía incorrupta y todavía no engañada por las mortíferas asechanzas de la insidiosísima serpiente, sino que también la antepusieron a Ella con maravillosa variedad de palabras y pensamientos. Pues Eva, miserablemente complaciente con la serpiente, cayó de la original inocencia y se convirtió en su esclava; mas la Santísima Virgen aumentando de continuo el don original, sin prestar jamás atención a la serpiente, arruinó hasta los cimientos su poderosa fuerza con la virtud recibida de lo alto.

Por lo cual jamás dejaron de llamar a la Madre de Dios: lirio entre espinas; tierra absolutamente intacta, virginal, sin mancha, inmaculada, siempre bendita, y libre de toda mancha de pecado, de la cual se formó el nuevo Adán; paraíso intachable, vistosísimo, amenisísimo de inocencia, de inmortalidad y de delicias, por Dios mismo plantado y defendido de toda intriga de la venenosa serpiente; árbol inmarcitable, que ja-

más carcomió el gusano del pecado; fuente siempre limpia y sellada por la virtud del Espíritu Santo; divinísimo templo o tesoro de inmortalidad, o la única y sola hija no de la muerte, sino de la vida; germen no de la ira, sino de la gracia, que, por singular providencia de Dios, floreció siempre vigoroso de una raíz corrompida y dañada, fuera de las leyes comúnmente establecidas.

Mas, como si estas cosas, aunque muy gloriosas, no fuesen suficientes, declararon, con propias y precisas expresiones, que, al tratar de pecados, no se había de hacer la más mínima mención de la santa Virgen María, a la cual se concedió más gracia para triunfar totalmente del pecado; profesaron además que la gloriosísima Virgen fue reparadora de los padres, vivificadora de los descendientes, elegida desde la eternidad, preparada para sí por el Altísimo, vaticinada por Dios cuando dijo a la serpiente: «Pondré enemistades entre ti y la mujer» (cf. Gén 3, 15). [...]

Ornato y baluarte de la Santa Iglesia

Mas sentimos firmísima esperanza y confianza absoluta de que la misma Santísima Virgen —que toda hermosa e inmaculada trituro la venenosa cabeza de la cruelísima serpiente y trajo la salud al mundo; que es gloria de los profetas y de los apóstoles, honra de los mártires, alegría y corona de todos los santos; que es refugio seguro de todos los que peligran y fidelísima auxiliadora y poderosísima mediadora y conciliadora de todo el orbe de la tierra ante su unigénito Hijo; que es resplandeciente y extraordinario ornato de la Santa Iglesia; y firmísimo baluarte que destruyó siempre todas las herejías y libró siempre de las mayores calamidades de todo tipo a los pueblos fieles y naciones, y a Nos mismo nos sacó de tantos amenazadores peligros— hará con su valiosísimo patrocinio que nuestra Santa Madre, la



Francisco Lecaros

La Inmaculada Concepción - Iglesia de San Lorenzo, Valencia (España)

*María Santísima,
toda hermosa e
inmaculada, trituro
la venenosa cabeza
de la cruelísima
serpiente y trajo la
salvación al mundo*

Iglesia Católica, removidas todas las dificultades y vencidos todos los errores, en todos los pueblos, en todas partes, tenga vida cada vez más floreciente y vigorosa y «domine de mar a mar, del Gran Río al confín de la tierra» (cf. Sal 71, 8), y disfrute de toda paz, tranquilidad y libertad para que consigan los reos el perdón, el remedio los enfermos, la fuerza los pusilánimes, el consuelo los afligidos, la ayuda oportuna los que peligran; y despejada la oscuridad de la mente, vuelvan al camino de la verdad y de la justicia los desviados y se forme un solo redil y un solo pastor.

Bajo su amparo, nada hemos de temer

Escuchen estas Nuestras palabras todos Nuestros queridísimos hijos de la Iglesia Católica y continúen, con fervor cada vez más encendido de piedad, religión y amor, venerando, invocando, orando a la Santísima Madre de Dios, la Virgen María, concebida sin mancha de pecado original; y acudan con toda confianza a esta dulcísima Madre de misericordia y gracia en todos los peligros, angustias, necesidades y en todas las situaciones oscuras y tremendas de la vida.

Pues nada se ha de temer, de nada hay que desesperar, si Ella nos guía, patrocina, favorece, protege, pues tiene para con nosotros un corazón maternal, y ocupada en los negocios de nuestra salvación, se preocupa de todo el linaje humano, constituida por el Señor Reina del Cielo y de la tierra y colocada por encima de todos los coros de los ángeles y coros de los santos, situada a la derecha de su unigénito Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, alcanza con sus valiosísimos ruegos maternales y encuentra lo que busca, y no puede quedar decepcionada. ✧

Fragmentos de: PÍO IX.
Ineffabilis Deus, 8/12/1854.

La Última Cena - Basílica
del Sagrado Corazón de
Jesús, Paray-le-Monial
(Francia)

Sergio Holmann



EVANGELIO

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ²³ «El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él. ²⁴ El que no me ama no guarda mis palabras. Y la palabra que estáis oyendo no es mía, sino del Padre que me envió. ²⁵ Os he ha-

blado de esto ahora que estoy a vuestro lado, ²⁶ pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho. ²⁷ La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo. Que

no se turbe vuestro corazón ni se acobarde. ²⁸ Me habéis oído decir: “Me voy y vuelvo a vuestro lado”. Si me amara, os alegraríais de que vaya al Padre, porque el Padre es mayor que yo. ²⁹ Os lo he dicho ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda creáis» (Jn 14, 23-29).

Espíritu de amor y de paz

«Amor» y «paz», palabras tan en boga en la cultura contemporánea, pero cuyo significado real se conoce poco... El Evangelio de este domingo nos permitirá descubrir las maravillas que tales conceptos encierran y constatar cuán lejos de ellos está el mundo actual.



Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – DOS CONCEPTOS MANCILLADOS POR LA REVOLUCIÓN

Como un gigantesco volcán de pus, el movimiento *hippie* irrumpió en la década de 1960 extendiendo por el mundo, de una manera imparable, su lava infecta y maloliente, la cual llevó a la sociedad occidental a la autodisolución moral mediante la imposición de una mentalidad delirante y caótica. Las modas, la música, las reglas de educación, los ambientes, los gustos, en fin, la cultura en general se degradó drásticamente en todo el orbe, sin derramar una sola gota de sangre.

Uno de los eslóganes adoptados por los mentores de esa exitosa revolución tendencial fue el «*peace and love*»,¹ siniestra parodia del lema «*pax et bonum*»² del seráfico San Francisco de Asís. A partir de entonces, la paz se identificó subrepticamente con la mera ausencia de conflictos armados y con la seudotranquilidad provocada por los estupefacientes, y el amor se asoció con el libertinaje desenfrenado, lo que deja en evidencia cuán distante se hallaba la divisa del *Poverello* del lema de esta generación.

Los excesos de esta revolución vaporosa, pero omnipresente, asustaron levemente a la opinión pública justo después de su primera detonación; en nuestros días, sin embargo, se impone a zancadas sin que nadie alce la voz para alertar a los espíritus incautos, los cuales acaban dejándose arrastrar,

aunque con cierta reticencia, por su inundo y seductor torrente. Son pocos los que perciben el final de esta resbaladiza pendiente, que conduce al relativismo doctrinario, a la completa erosión social, a una simpatía más o menos consciente por la fealdad y por la descomposición psíquica y moral.

Ante esta realidad, el Evangelio del sexto domingo de Pascua se presenta con la fuerza de un exorcismo divino, capaz de dispersar los vientos mefíticos de una revolución que impregna los más variados ambientes. En efecto, restablecer el verdadero significado de las palabras *paz* y *amor* significa enarbolar con gallardía, entusiasmo y fuerza el estandarte de Dios. Por lo tanto, es necesario manifestarles a los hombres, en parte aturdidos por el mal de hoy día, el esplendor del auténtico orden de las cosas, que el padre de la mentira quiere oscurecer.

II – PAZ Y AMOR A LA LUZ DE LA VERDAD

El pasaje seleccionado por la sagrada liturgia para este domingo forma parte del discurso de despedida que Nuestro Señor pronunció durante la Última Cena en el Cenáculo. La inminencia de la dramática separación de los suyos, así como la perspectiva de la Pasión y la Resurrección, confieren una densidad especial a las palabras del Maestro y hacen que el ambiente se llene de imponderables de dolor y de esperanza, mal interpretados por

Es necesario restablecer el verdadero significado de los conceptos de «paz» y «amor»

Jesús deja claro que es imposible que exista auténtico amor para con el Padre celestial sin el cumplimiento de sus divinos mandamientos

sus discípulos, que se encuentran desorientados por los marcados sentimientos de temor y asombro. La virtud de la fe en sus almas todavía era frágil. Por eso el Buen Pastor abre su corazón, derramando sobre ellos torrentes de afecto, de sabiduría y de serenidad, a fin de consolarlos.

A la luz de la Tradición y de las nuevas inspiraciones del Consolador, también podemos descubrir en esos versículos de San Juan horizontes grandiosos para nuestra fe. En ellos se nos ofrece un guía seguro para instaurar el Reino de Dios en la tierra, todo hecho de paz y de amor, Reino prometido por Nuestra Señora en Fátima y en otras revelaciones privadas aprobadas por la Iglesia.

La manifestación interior de Dios

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ²³«El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él».

Esta sublime afirmación de Nuestro Señor pretende responder a una cuestión planteada por San Judas Tadeo: «Señor, ¿qué ha sucedido para que te reveles a nosotros y no al mundo?» (Jn 14, 22). Para que se entienda mejor la pregunta del apóstol hay que recordar la profecía que Jesús hizo en los versículos anteriores: «Dentro de poco el mundo no me verá, pero vosotros me veréis y viviréis, porque yo sigo viviendo. Entonces sabréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros. El que acepta mis mandamientos y los guarda, ese me ama; y el que me ama será amado por mi Padre, y yo también lo amaré y me manifestaré a él» (Jn 14, 19-21).

Al utilizar el término *mundo*, Jesús se refie-

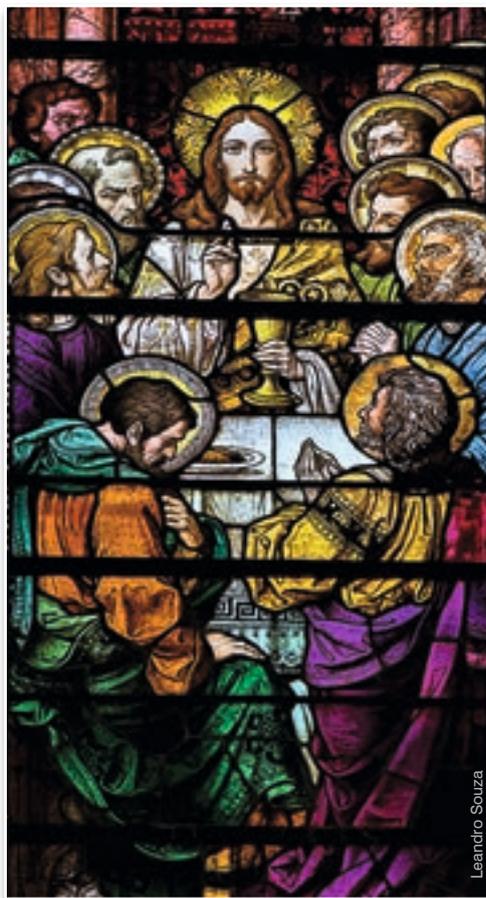
re de manera particular al pueblo elegido tizado por el pecado de deicidio. Después de la Pasión éste ya no volvería a verlo, pues, de algún modo, Él estaría muerto. No obstante, sus discípulos lo reencontrarían según la promesa del Maestro: «viviréis, porque yo sigo viviendo». A pesar de que vinieran a vacilar en la fe en el momento supremo de la crucifixión, esos seguidores vivirían de la buena nueva de la Resurrección.

Actuando así, Nuestro Señor contrariaba el faustoso concepto de una época mesiánica demasiado terrenal, en la que se cumplirían, al pie de la letra y no en su sentido espiritual, ciertas profecías que vaticinaban la primacía política y económica de Israel sobre los demás pueblos. Si Jesús, después de la victoria definitiva sobre la muerte, sólo se dejaba ver por los suyos, ¿cómo instauraría el soñado imperio que elevaría a Jerusalén a la cumbre de la gloria?

Ahora bien, a los discípulos les estaba reservado el inefable don de recibir la manifestación

de Nuestro Señor en lo más íntimo de sus almas, misterio que se le escapaba por completo a San Judas, así como a los demás Apóstoles. Sólo después de la venida del Espíritu Santo comprenderían el secreto escondido en aquellas palabras de sabiduría que les sonaban incomprensibles. Sí, el Redentor se comunicaría con los que lo amaban y guardaban sus mandamientos, pero de forma interior y oculta.

Ese es el verdadero alcance de la afirmación: «el que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él». Se trata de la formulación más precisa de una realidad que nos llena de admiración y estremece: la inhabitación trinitaria.



La Última Cena - Parroquia de Nuestra Señora de la Gloria, Juiz de Fora (Brasil)

En efecto, Dios elige nuestro corazón como su morada, estableciéndose en él con un afecto infinito, como un chorro continuo que derrama sobre nosotros ríos de fuego divino. Tal amor, que alcanzará su plenitud en el Cielo, progresa en la tierra a medida que nos vaciamos de nosotros mismos y les hacemos un hueco en nuestro interior a los Tres, que son Uno. Este don es tan real y tan elevado, que no hay palabras para agradecerle al Altísimo el hecho de bajarse y hallar sus deleites en permanecer, como padre y amigo, en cada uno de sus hijos adoptivos.

Cabe pensar aún que cuando cometemos un pecado mortal nos idolatramos a nosotros mismos o a las criaturas y expulsamos brutalmente esta presencia divina, que debe ser nuestro único y gran amor. Así podemos entender mejor la razón por la cual el hombre se hace digno del infierno tan sólo por una única falta grave.

El mundo no ama porque no guarda la palabra

²⁴ «El que no me ama no guarda mis palabras. Y la palabra que estáis oyendo no es mía, sino del Padre que me envió».

En estas dos frases Nuestro Señor le explica a San Judas por qué no se manifestará al mundo: por la ausencia del amor y de la obediencia. El que no ama, no guarda la palabra de Jesús, lo que equivale a decir que es imposible que exista auténtico afecto para con el Padre celestial sin el cumplimiento de sus divinos mandamientos. Una verdad fundamental de nuestra fe atacada astutamente en nuestros días por el relativismo. La palabra de Dios permanece para siempre y quien no se doblegue con determinación ante la soberana voluntad del Señor de los ejércitos, que tiene derecho a ser escuchado y obedecido, jamás entrará al Reino de los Cielos.



Santísima Trinidad, Grandes Horas de Ana de Bretaña - Biblioteca Nacional de Francia, París

Reproducción

Así pues, en el Evangelio de hoy, el vocablo *mundo* se refiere también a la triste multitud, encabezada en general por élites corruptas, que se oponen a la autoridad del Altísimo escudándose en sofismas inconsistentes. Será excluida de la más bella manifestación del Hijo de Dios: «Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo» (Ap 3, 20).

Tratemos de vivir en estado de gracia y hagamos de la presencia trinitaria el tesoro más valioso de nuestra existencia.

El Verbo habla y el Espíritu enseña

²⁵ «Os he hablado de esto ahora que estoy a vuestro lado, ²⁶ pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho».

Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho».

Procedente del Padre y del Hijo como vínculo de unión entre ambos, el Espíritu Santo es una llama infinita del más puro y vehemente amor, que supera toda consideración humana. El Sol no es más que un pálido resplandor en comparación con el eterno Afecto que une a la primera Persona de la Trinidad con la segunda. Este amor, contrario al egoísmo en todo, consiste en un volverse cada una de las divinas Personas hacia las otras dos, en un impulso de adoración, de éxtasis y de entusiasmo sin principio ni fin. De ahí que el verdadero amor sea el que se da y no el que sólo pretende recibir para satisfacer deseos bajos e individualistas, como pregona la actual ideología de la dejadez y la depravación.

La Santísima Trinidad, como bien sabemos, actúa siempre por amor y en perfecta concomitancia; las Tres son inseparables en la economía de la salvación. Sin embargo, para que se pudiera comprender mejor la diversidad de las Personas divi-

El Sol no es más que un pálido resplandor en comparación con la llama infinita de Amor que une al Padre y al Hijo

La paz que Jesús nos da es el don del Espíritu Santo que ordena al hombre interiormente con miras a la mayor gloria de Dios

nas, sus intervenciones tienen un sello trinitario. Todo hombre o mujer, por ejemplo, es capaz de tres amores: filial, marital y paterno o materno. Además, al adaptarse a nosotros con extrema compasión, el Dios uno y trino hace que en ciertas acciones llamadas *ad extra* la «tonalidad» de una Persona sea más perceptible que la de las otras dos. Así, al Padre se le atribuye generalmente la Creación; al Hijo, la Redención; al Espíritu Santo, la santificación.

Con el deseo de instruir a los Apóstoles acerca de la existencia y el modo de proceder del Espíritu Santo, Nuestro Señor les explica su rasgo característico: predisponer a las almas no sólo a escuchar, sino también a recordar las preciosas enseñanzas y profecías del Verbo Encarnado. Por eso, la palabra dicha por el Hijo nunca será recibida con seriedad y atención sin el auxilio del Paráclito.

Jesucristo conocía mejor que nadie el papel de la gracia del Espíritu Santo en la santificación de los fieles, que consiste en el perfeccionamiento de todas las virtudes bajo la égida de la caridad y del don de sabiduría. Por eso, con respecto a todo lo que se refería a su futura revelación interior, Él les dice a los Apóstoles: «Os he hablado», ya que el Paráclito será quien «os lo enseñe». La diferencia entre *hablar* y *enseñar* se comprende fácilmente. En el primer caso, se transmite algo, pero con el riesgo de que caiga en el olvido; en el segundo, el verbo pronunciado se fija eficazmente en la memoria y en el corazón, a semejanza de lo que ocurría con Nuestra Señora, Esposa fidelísima de la tercera Persona de la Santísima Trinidad (cf. Lc 2, 51).

He aquí una lección para los que se dedican a labores apostólicas. Si no cuentan con la ayuda sobrenatural, su trabajo será un fracaso de principio a fin. Bajo la bendita luz del Consolador, por el contrario, todo germinará, florecerá y fructificará en abundancia. De ahí la apremiante necesidad de no depositar nunca nuestra confianza en los



La gloria del Espíritu Santo - Museo de Arte Sacro, Río de Janeiro

medios y métodos humanos, sino en la gracia, sin la cual no se consigue nada.

La paz de Cristo

^{27a} «La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo».

Al Espíritu del Padre y del Hijo se le llama Amor. Y el fruto del amor es la paz. Por tal motivo, Jesús afirma que nos deja la paz y nos da su paz. Se trata del Espíritu Santo, como don, quien ordena al hombre interiormente con miras a la mayor gloria de Dios. Siguiendo a San Agustín,³

los medievales definieron la

paz como la tranquilidad del orden, de suerte que el correcto ordenamiento de los seres es la causa de la plácida quietud que llamamos paz. Ahora bien, para Santo Tomás de Aquino,⁴ en el hombre existen tres tipos de orden. El primero procede de la concordia entre sus facultades internas, es decir, la obediencia de la sensibilidad a la razón y la sumisión de ésta al Creador. El segundo es la paz del hombre con Dios. Se trata de una armonía interior fruto de la serenidad de una conciencia recta, que está al día con la ley del Altísimo: «Mucha paz tienen los que aman tu ley» (Sal 118, 165). El tercero, finalmente, se refiere al prójimo, como enseña el Apóstol en la Epístola a los hebreos: «Buscad la paz con todos y la santificación» (12, 14).

Entre los factores que llegan a perturbar esa paz se encuentra el dinamismo de las malas pasiones, sobre todo el orgullo y la sensualidad, como enseña el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira. A su vez, el Doctor Angélico afirma que, para que exista la paz, la parte sensitiva del alma «debe ser inmune a la molestia de las pasiones»,⁵ meta osada para quienes están sujetos a los clamorosos efectos del pecado original...

Llegamos, pues, a una sencilla conclusión: la paz sólo puede mantenerse en una guerra continua contra los principios que deterioran el orden. Lo que explica la categórica declaración del Se-

ñor: «No he venido a sembrar paz, sino espada» (Mt 10, 34), entendiéndose la paz como la ausencia de oposición.

Por lo tanto, hay que recurrir frecuentemente a la oración para mantener bajo control a esos enemigos insidiosos, capaces de precipitar en el desvarío las facultades de nuestra alma. Y, una vez obtenido el auxilio celestial, se trata de librar una lucha sin tregua ni cuartel contra nosotros mismos, mediante la disciplina, virtud tan olvidada por la cultura actual, que se caracteriza «por la espontaneidad de las reacciones primarias, sin el control de la inteligencia o la participación efectiva de la voluntad; por el predominio de la fantasía y las “vivencias” sobre el análisis metódico de la realidad: fruto, todo, en gran medida, de una pedagogía que reduce a casi nada el papel de la lógica y de la verdadera formación de la voluntad».⁶

La sabiduría medieval apreciaba la disciplina y la promovía con eficacia, creando las condiciones para que se desarrollara una cultura impregnada de las máximas del Evangelio. El ilustre abad Hugo de San Víctor lo expresa muy bien en una de sus obras: «La disciplina es la cadena de la codicia, la prisión de los malos deseos, el freno de la lascivia, el yugo del orgullo, los grilletes de la ira, que somete la intemperancia, apresna la liviandad y sofoca todos los movimientos desordenados de la mente y los apetitos ilícitos. [...] La disciplina cohíbe el ímpetu de todos los vicios y cuanto más reprime los malos deseos exteriores, más fortalece los buenos deseos interiores. Poco a poco, mientras la marca de la virtud se imprime en la mente a través del hábito, se conserva la compostura externa del cuerpo a través de la disciplina. [...] Esto debe observarse en cuatro puntos principales: en la forma de ves-

tir, en los gestos, en la manera de hablar, en el comportamiento en la mesa».⁷ Así pues, las recas costumbres y la buena educación se convierten en las salvaguardas de la paz de Cristo.

También merece la pena considerar que la paz de Cristo se distingue de la seudopaz del mundo. Santo Tomás⁸ explica que la paz de los santos difiere de la paz de los pecadores en tres aspectos. Ante todo, por la intención. La paz de los mundanos está ordenada al disfrute de los bienes terrenales, que son efímeros e inestables, mientras que la de los bienaventurados descansa en los bienes eternos. Se sigue que la primera es ficticia, ya que los hijos del mundo, continuamente reprochados por su propia conciencia, gozan de una paz meramente exterior, mientras que la de los hijos de Dios es interior y exterior, puesto que reciben la alabanza de la conciencia, el aprecio del bien y el afecto del Padre de las luces. Finalmente, la paz mundana es imperfecta porque el hombre, al satisfacer sus pasiones, se hace reo del infierno: «No hay paz para los malvados» (Is 57, 21). La paz de Cristo, por el contrario, proviene de la esperanza de poseer para siempre la felicidad plena.

Queda así esclarecido el verdadero sentido del término *paz* y puesto en evidencia cómo está a años luz de la falsa concepción promovida por la subcultura *hippie*, tan extendida hoy en día.

**Nuestro general
invencible es el
Príncipe de la paz**

^{27b} «Que no se turbe vuestro corazón ni se acobarde. ²⁸ Me habéis oído decir: “Me voy y vuelvo a vuestro lado”. Si me amarais, os alegraríais de que vaya al Padre, porque el Padre es mayor que yo. ²⁹ Os lo he dicho ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda creáis».

La previsión del distanciamiento del Maestro llenaba el corazón de los Apóstoles de turba-



Cristo gladífero
Sainte-Chapelle, París

*Para lograr y
mantener la
paz de Cristo,
el hombre
ha de librar
una lucha
continua
contra sus
propias
pasiones
desordenadas*

*La gracia
del Divino
Paráclito
es capaz de
transformar
a pusilánimes
en indómitos
combatientes
bajo las
órdenes del
Príncipe
de la paz*

ción y temor, sentimientos muy humanos, pero que debían ser vencidos por la fe. El acierto del vaticinio del divino Profeta sería el sello de garantía de sus palabras y la causa, en buena medida, de la fidelidad de sus discípulos.

Ahora bien, Nuestro Señor nos pide igualmente a nosotros esa fe.

Jesús es el Príncipe de la paz (cf. Is 9, 5), nuestro invencible general, el Jinete del Apocalipsis (cf. Ap 19) que comanda las cohortes de los hijos de la luz y dispersa a los enemigos del orden. Subió al Cielo para ser glorificado por el Padre en su humanidad santísima, siéndole dado poder, imperio y fuerza irresistible, y en esas condiciones volverá con gloria y majestad el día del juicio. Pero no sólo entonces. Nuestro Señor vuelve cada vez que celebramos el Santo Sacrificio del Altar, donde se hace Cordero inmolado, Señor absoluto de la Historia, Protector efficacísimo de los suyos, Alimento de salvación. En los sagrarios y ostensorios lo tenemos cual Prisionero de amor, que mendiga la limosna de nuestro cariño y nuestra compañía. Fortalecidos por su presencia, podemos superar nuestras vacilaciones y ver consolidados nuestros buenos propósitos de luchar hasta la muerte, para establecer en nosotros mismos y nuestro entorno la verdadera paz.

La paz de Cristo nos ha sido transmitida y prevalecerá irreversiblemente, porque el don de Dios vence siempre. No es en vano que el celestial mensajero que se manifestó en Fátima a los pastorcitos dijera ser el Ángel de la Paz, nombre apropiado para el que había de preceder a las apariciones en las cuales se anunciaría el triunfo de Jesús en María.

III – AMEMOS AL AMOR Y TENDREMOS LA VERDADERA PAZ

«Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios» (Mt 5, 9). La séptima bienaventuranza promete el premio por excelencia, porque la filiación divina es la gracia más excelsa que un ser racional puede recibir. ¿Qué habría más elevado que ella? ¿Cómo medir la grandeza de ser miembro efectivo y real de la familia trinitaria? ¿Qué dignidad supera a la de pertenecer al linaje divino como coheredero de Cristo y miembro de la asamblea de los santos que claman por los siglos infinitos «¡Abba, Padre!» (Gál 4, 6)?

Sin embargo, para obtener tal dádiva, hace falta ser pacífico. ¿Qué significa eso? De la reflexión hecha sobre el Evangelio del sexto domingo de Pascua podemos sacar algunas conclusiones útiles para nuestra vida espiritual.

Ser pacífico quiere decir vivir en el amor y en la obediencia a Dios, cumpliendo sus sapienciales mandamientos. Así, el hombre pacífico es ante todo un guerrero intrépido, inflexible y persistente, un soldado que nunca vuelve a envainar su espada, sino que se mantiene en estado de vigilancia, sin fatigas ni relajamientos.

En efecto, ¿cómo se logra el dominio sobre las pasiones rebeldes sin disciplina? Es una quimera pensar que, liberando sus instintos animalescos, el corazón humano se vuelve libre. Al contrario, no hay esclavitud más vil y humillante que la de la concupiscencia, como se constata a diario en un mundo donde la permisividad casi no tiene límites. Por lo tanto, es menester empuñar vigorosamente la espada de la observancia.

Tampoco es tarea fácil someter nuestra caprichosa voluntad a la razón iluminada por la fe, ni doblegar nuestra presuntuosa inteligencia ante la luz de la sabiduría infinita que la supera. ¡Cuánta humildad y determinación se necesitan para obtener la verdadera paz! ¿Y quién alcanzaría esta victoria sin las virtudes de la mansedumbre y de la fortaleza? Por eso se hace indispensable la ascesis, el ejercicio espiritual, la lucha constante y feroz contra nuestros criterios erróneos y nuestros vicios.

Además, si sopesamos las seducciones de un mundo sumido en la dulzura y la sensualidad, ¿dónde hallaremos fuerzas para sobresalir entre la multitud y erguir casi nosotros solos la bandera del idealismo? Y a todo esto se suman las tentaciones del demonio, nuestro incansable y astuto enemigo... Entonces, ¿quién podrá ser pacífico?

La solución, querido lector, se encuentra en el título de este artículo. Se trata de la tercera Persona de la Santísima Trinidad, el Amor del Padre y del Hijo, el fuego divino capaz de consumir nuestras miserias y encender la llama del puro amor en nosotros. Sí, solamente la gracia del Espíritu Santo transformará pusilánimes en indómitos combatientes bajo las órdenes del Príncipe de la paz.

El Consolador nos enseñará el auténtico significado del amor, que no consiste en la satisfacción de instintos descontrolados e interesados, sino en la entrega generosa y total a Dios y a nuestros hermanos. Una vez inundados de santa caridad, seremos capaces de renunciar a nosotros mismos,



Pentecostés - Iglesia Trinità dei Monti, Roma

ponernos al espíritu del mundo y rechazar las pérfidas sugerencias de Beliar. De esta manera, nos volveremos verdaderamente pacíficos, sometidos al Señor, en orden con nuestra conciencia y esclavos de amor del prójimo.

Invoquemos al divino Paráclito con determinación y perseverancia, seguros de que nuestro clementísimo Padre jamás le negará su Espíritu a quien se lo pida. Y oremos por la venida de un nuevo Pentecostés marial, pues por medio de Nuestra Señora será derramada esa gracia en nuestros corazones.

Así expresa el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira ese anhelo en una oración que compuso: «María Santísima, Hija predilecta de Dios Padre, Ma-

dre admirable de Dios Hijo y Esposa fidelísima del Espíritu Santo, os suplicamos: logra especialmente del Paráclito que sople con toda la majestad, toda la fuerza, todo el calor de su gracia sobre los hombres, hoy tan sujetos al imperio de Satanás, de sus ángeles de perdición y de los obradores de iniquidad que tiene esparcidos por todo el mundo. Así serán creadas nuevas maravillas de Dios y será renovada la faz de la tierra, condición esencial para que sea auténtico, irradiante de gloria y duradero por los siglos vuestro Reino maternal sobre los hombres».

El Espíritu de amor y de paz es nuestra esperanza, nuestra única solución, nuestra certeza de la victoria. ✧

Debemos rogar que descienda sobre nosotros un nuevo Pentecostés marial, pues sólo en el Espíritu de amor y de paz es donde reside la certeza de la victoria

¹ Del inglés: paz y amor.

² Del latín: paz y bien.

³ Cf. SAN AGUSTÍN. De civitate Dei. L. XIX, c. 13, n.º 1. In: *Obras*.

Madrid: BAC, 1958, v. XVII, p. 1398.

⁴ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Super Ioan-nem*, c. XIV, lect. 7.

⁵ Ídem, *ibidem*.

⁶ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Revolução e Contra-Revolução*. 5.ª ed. São Paulo: Retornarei, 2002, p. 75.

⁷ HUGO DE SAN VÍCTOR. *De institutione no-*

vitorum, c. X: PL 176, 935.

⁸ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., c. XIV, lect. 7.

Casa de Dios y Puerta del Cielo

¿Quién, de entre los hijos de Adán, está exento de defectos? Taras físicas, lagunas morales, deficiencias de carácter... A alguna debilidad, itodos están sujetos! Todos, excepto María.



Hna. María Beatriz Ribeiro Matos, EP

Pocas figuras hay más respetables que los patriarcas de la Antigua Alianza —Abrahán, Isaac y Jacob—, cuya historia el divino Espíritu Santo quiso perpetuar en las páginas de la Sagrada Escritura. Sus vidas se desarrollaron repletas de promesas y simbolismos; y el infortunio con el cual Jacob se halló en su juventud es un contundente ejemplo de ello.

Al estar Isaac, su padre, ya anciano, enfermo y con la vista debilitada, sobre los hombros de su madre, Rebeca, recayó la responsabilidad de hacerse cargo de la familia, especialmente en cuanto al porvenir de sus dos hijos.¹ No obstante, entre ambos se había establecido una profunda enemistad; y Esaú andaba buscando matar a Jacob.

¿Qué protección podría darle a su hijo menor, tan bueno e inocente, pero incomparablemente inferior en fuerza

física al mayor? Con el corazón destrozado, Rebeca no encontró otra solución: envió a Jacob a una tierra lejana, donde podría hospedarse en casa de un pariente, Labán, y así escaparía de la furia de Esaú. Tras despedirse de sus padres, pensando quizá que jamás volvería a verlos, se marchaba el depositario de la promesa.

¿Quién podría ser considerada como la verdadera «Casa de Dios», más esplendorosa aún que la que construyó Salomón?

Sin las actuales facilidades de locomoción, el viaje iba a durar varios días. Por tanto, cuando el sol se puso al final de la primera jornada, al joven le quedaba un largo camino que recorrer. Entonces se detuvo a descansar, sin otra comodidad que una piedra como almohada. En la oscuridad de aquella noche, algo sublime ocurrió: en sueños, Jacob vio una inmensa escalera por la que subía y bajaban ángeles. Se despertó sobrecogido y exclamó: «Qué terrible es este lugar: no es sino la casa de Dios y la puerta del Cielo» (Gén 28, 17).

La Casa que Dios se construyó para sí

Tal vez el grandioso Templo de Salomón, edificado siglos después por manos peritas, pero humanas, con maderas preciosas, pero perecibles, haya sido el más esplendoroso reflejo

de la «casa de Dios» que Jacob contempló en aquella ocasión. Sin embargo, la verdadera Casa de Dios tiene a Él mismo como arquitecto y su memoria no perecerá: todas las generaciones la proclamarán bienaventurada (cf. Lc 1, 48), porque aquel a quien los Cielos y la tierra no han podido contener, se recogió en su seno.

Ese templo es María Santísima, en el que «habitó Dios, no sólo por naturaleza, por esencia, presencia y potencia, como en el mundo; no sólo por la gracia, por la fe, esperanza y caridad, como en la Iglesia; no sólo por la gloria, por la visión del sumo bien, la fruición y posesión perpetua de aquel infinito tesoro, como en el paraíso; sino que está en ella por inhabitación corporal».²

Aunque en el tiempo María no haya sido la primera de las criaturas que salió de las manos del Altísimo, incluso antes de que los peces pulularan en las aguas, las aves surcaran el aire y los frutos se multiplicaran en la tierra dadivosa, Dios ya sabía su nombre y la había escogido para sí. No es otra la enseñanza de la Santa Iglesia, expresada por Pío IX en la bula *Ineffabilis Deus*: «[El Creador] eligió y señaló, desde el principio y antes de los tiempos, una Madre, para que su unigénito Hijo, hecho carne de Ella, naciese, en la dichosa plenitud de los tiempos, y en tanto grado la amó por encima de todas las criaturas, que en sola Ella se complació con señaladísima benevolencia».³

¿Quién como María?

En la primavera de la vida, las esperanzas iluminan el camino del hombre, los sueños pueblan su mente y el futuro le invita, sonriente. Pese a esto, no hay quien no experimente, pasados unos pocos o muchos años, lo que se denomina frustración, sea cuando las expectativas no son alcan-

zadas, sea cuando algo podría haber sido mejor de lo que fue. Sin embargo, los más crueles desengaños, que hieren el corazón del alma, no se producen cuando los deseos o proyectos fracasan, sino cuando alguien, a quien se admira, resulta no ser tan perfecto como uno imaginaba o incluso indigno de tal consideración.

Ahora bien, ¿quién de entre los descendientes de Adán está exento de defectos? Taras físicas, lagunas morales, deficiencias de temperamento

o de carácter... Al menos a una debilidad, ¡todos están sujetos! Todos, es verdad, excepto María, la cual es puerto seguro que guía y fortalece a los que se encuentran desorientados entre las decepciones de la convivencia terrena.

Entre todos los seres humanos, la Virgen es la única que no podía ser mejor de lo que es,⁴ pues a aquella que Dios llamaría «Madre» le convenía ser tan pura que era imposible concebir pureza más grande, fuera de Dios.⁵ En los días sin principio de la eternidad, el Creador «pensó» en María y, en su amor de predilección, no podría haberla concebido más perfecta.

Esto es una verdad construida sobre sólidos cimientos y no solamente un juego de palabras e ideas organizadas con propósito literario para animar a las almas sin esperanza.

Bendita por su fruto y por su santidad

San Buenaventura⁶ enseña que se puede contemplar a la Santísima Virgen bajo tres aspectos: en la gracia de su concepción, en la gracia de la santificación y en su naturaleza corporal.

A pesar de ser hija de Eva, Nuestra Señora no heredó la naturaleza degradada por el pecado, y sus cualidades humanas son excelentes en grado sumo. Basta mencionar que su inteligencia, por ejemplo, además de robustecida por la ciencia infusa, es tan penetrante y abarcadora que supera a la de todos los sabios de la Historia, como explica San Bernardino de Siena: «¿Cuán grande es la diferencia entre vuestro entendimiento y el de María? Tan enorme como la de entender qué es una pata de una mosca y comprender todas las cosas. [...] Pero pongamos un ejemplo mejor: tomemos el entendimiento de todos los hombres instruidos y consideremos lo que ellos comprenden acerca de las



Alegoría de la Virgen como Puerta del Cielo - Iglesia de San Patricio, Eskahaen (Irlanda). En la página anterior, la entrada de la Jerusalén celestial, por Fra Angélico - Museo de San Marcos, Florencia (Italia)

Desde toda la eternidad el divino Arquitecto quiso construirse una morada: María Santísima, concebida a la máxima perfección

criaturas de Dios, y aún agregando a San Agustín, quien dijo tantas cosas nobles de ellas, digo que todo eso no es nada en comparación con el entendimiento de María».⁷

Sobre esta naturaleza sin mancha, Dios derramó gracias abundantes e insondables, como indica la salutación que el arcángel San Gabriel le dirigió en la Anunciación: «Llena de gracia».

Para comprender la realidad expresada en la palabra *llena*, hay que considerar el tamaño del envase. Un dedal puede estar repleto, es verdad, pero no abarcará la misma cantidad que un gran barril que esté, también él, completo hasta el borde. Ahora bien, ¿cuál sería el volumen del tesoro guardado en un «recipiente» capaz de contener al Infinito, al mismo Dios? Eso es María y así vislumbramos la grandeza a la cual nos referimos al llamarla «llena de gracia».⁸ Los Padres —latinos y griegos— no osaron, en su sabiduría, medir la gracia que habita en el alma de María, al considerarla un abismo insondable para quien no sea Dios.⁹

A lo largo de los tiempos, la Iglesia ha ido buscando términos que estuvieran a la altura para referirse a la elevación de María, pero no los encontró. La piedad de los fieles tan sólo ha logrado consagrar el término *Santísima Virgen*, reservándolo exclusivamente a Nuestra Señora. Resumiendo siglos de tradición y de Teología, Pío IX confirió el sello de la autoridad papal a ese privilegio mariano al proclamar el dogma de la Inmaculada Concepción: «[Dios], tan maravillosamente la colmó de la abundancia de todos los celestiales carismas, sacada del tesoro de la divinidad, muy por encima de todos los ángeles y santos, que Ella, ab-

solutamente siempre libre de toda mancha de pecado y toda hermosa y perfecta, manifestase tal plenitud de inocencia y santidad, que no se concibe en modo alguno mayor después de Dios y nadie puede imaginar fuera de Dios».¹⁰

Fuertemente acostumbrados a la competición que reina en la sociedad hodierna, marcada por la mentalidad

egoísta según la cual los más grandes siempre deben aplastar y despreciar a los que les son inferiores, corremos el riesgo de reflejar ese modo de ser en la Virgen, juzgando, aunque de manera implícita, que despreciará a todos los demás seres que están por debajo de Ella o que, entretenida con su propia santidad, ni siquiera los tendrá en consideración. ¡Nada podría estar más lejos del amor que rebosa de su Inmaculado Corazón! Así exclama San Bernardo: «A todos abre el seno de su misericordia, para que todos reciban de su plenitud: el cautivo la libertad, el enfermo la curación, el afligido el consuelo, el pecador el perdón, el justo la gracia, el ángel la alegría; en fin, la Trinidad entera la gloria, y el Hijo su carne humana. No hay nada que escape a su calor».¹¹

Casa de Dios... y Puerta del Cielo!

Para que se entienda mejor la inconmensurable bondad de la Santísima Virgen, recordemos un hecho narrado por Dña. Lucilia Corrêa de Oliveira.

De niña vivía en una casa espaciosa y digna, en la pequeña localidad de Pirassununga, en el estado de São Paulo. Su padre era abogado y defendía diversas causas en la región, garantizando una existencia honrada para los suyos. Sin embargo, se dio cierta circunstancia en la que los ahorros de la familia se agotaron y le quedó una única moneda... Sereno porque la despensa se encontraba abastecida, prosiguió su rutina familiar, a la espera de que mejorara la situación. Entonces fue cuando llamó a la puerta de la casa un mendigo que, implorando caridad, extendió su sombrero. El cabeza de familia cogió aquella última moneda y, confiando en que Dios cuidaría de su futuro, se la dio a aquel hombre.



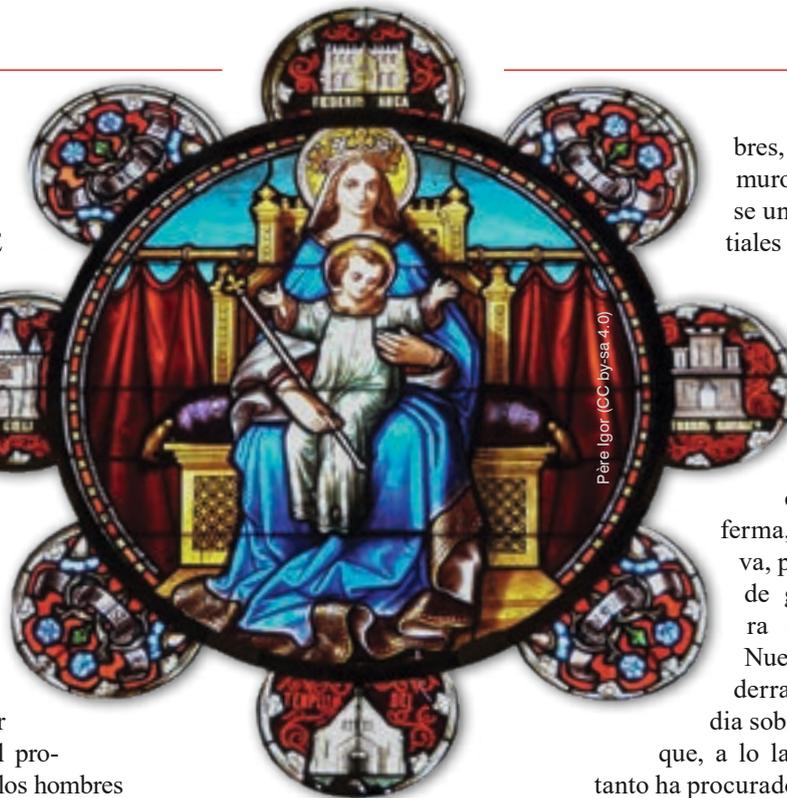
«La escalera de Jacob» - Iglesia de San Pedro, Hamburgo (Alemania)

Por la escalera de Jacob bajaban y subían ángeles; por María, Dios bajó a la tierra y por Ella todos los hombres pueden subir hasta el Altísimo

Ahora bien, Nuestra Señora no tiene una única moneda, sino la plenitud de la santidad. E incomparablemente mayor que la compasión del padre de Dña. Lucilia en aquella ocasión, es la misericordia de María cuando, con humildad, le extendemos a Ella la mano y suplicamos auxilio.

En el sueño de Jacob, por la escalera bajaban y subían ángeles; por María, bajó a la tierra el propio Dios y por Ella todos los hombres pueden subir sin temor hasta el Altísimo. Al ser Madre de Cristo, Nuestra Señora se convirtió en el eslabón que unió Dios al hombre y, en consecuencia, el hombre a Dios. No es solamente la «Casa de Dios», sino también la «Puerta del Cielo».

Muchos son los Padres que, por ese motivo, alzaron la voz para alabarla: «Así como Jacob contempló unido el Cielo con la tierra por los extremos de la escala, así también tú [María], desempeñando el oficio de mediadora, uniste lo que había sido roto»;¹² «Dios te salve, llena de gracia, mediadora entre Dios y los hom-



La Virgen con el Niño - Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, Lanquais (Francia)

Nuestra Señora espera que la humanidad se reconozca enferma, pecadora y cautiva, para abrirle tesoros de gracia hasta ahora desconocidos

bres, para que, roto el muro de la enemistad, se unan las cosas celestiales a las terrenas».¹³

Quizá esté María a la espera de que la humanidad se presente humillada, con el sombrero en mano, reconociéndose enferma, pecadora y cautiva, para abrirle tesoros de gracia hasta ahora desconocidos. Sí, Nuestra Señora ansía derramar su misericordia sobre esta humanidad que, a lo largo de los siglos,

tanto ha procurado el camino ascensional del progreso, pero ignorando la única Escalera segura por la cual debía subir; la humanidad que ha anhelado realizarse en este mundo, ha buscado en vano un atajo para la felicidad, pero se distanció de aquella que es la Puerta del Cielo.

Cuando esto suceda, en María el mundo habrá encontrado la paz y dará a la Trinidad la gloria debida: entonces Nuestra Señora instaurará su Reino, pues «por medio de la Santísima Virgen María vino Jesucristo al mundo y también por medio de Ella debe reinar en el mundo».¹⁴ ✧

¹ Véase al respecto el artículo *La promesa de Abrahán en manos de una mujer*, en las páginas 24 y 25 de la presente edición.

² SAN LORENZO DE BRINDIS. *Marial: María de Nazaret, Virgen de la plenitud*. Madrid: BAC, 2004, pp. 103-104.

³ PÍO IX. *Ineffabilis Deus*, n.º 1.

⁴ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I, q. 25, a. 6, ad 4.

⁵ Cf. SAN ANSELMO DE CANTERBURY. *Oratio VII. In: Obras completas*. Madrid: BAC, 1953, v. II, p. 318.

⁶ Cf. SAN BUENAVENTURA. *In I Sent.*, dist. 44, dub. 3. *In: Opera Omnia*. Parisiis: Ludovicus Vivès, 1864, v. II, p. 161.

⁷ SAN BERNARDINO DE SIENA. *Sermons*. Siena: Tipografía Sociale, 1920, p. 103.

⁸ Cf. CONRADO DE SAJONIA. *Speculum Beatæ Mariæ*

Virginis. Florentiæ: Quaracchi, 1904, pp. 60-61.

⁹ Cf. TERRIEN, SJ, Jean Baptiste. *La Madre de Dios y Madre de los hombres: según los Santos Padres y la Teología*. Madrid: Voluntad, 1928, v. II, pp. 243-244.

¹⁰ PÍO IX, op. cit.

¹¹ SAN BERNARDO DE CLARVAL. *Sermón en el domingo de la octava de la Asunción*. *In: Obras completas*.

2.ª ed. Madrid: BAC, 2006, v. IV, p. 397.

¹² SAN JUAN DAMASCENO. *Or. I. In Dormit.*, apud ALAS-TRUEY, Gregorio. *Tratado de la Virgen Santísima*. 3.ª ed. Madrid: BAC, 1952, p. 719.

¹³ BASILIO DE SELEUCIA. *Or. in Annunt.*, apud ALAS-TRUEY, op. cit., p. 719.

¹⁴ SAN LUIS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT. *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, n.º 1.

La sagrada esclavitud de amor

Perderse en el abismo interior de María, identificarse con Ella por el vínculo de la esclavitud de amor, a fin de amar y glorificar a Jesús por su intercesión: he aquí la excelente vía a la que nos invita San Luis María Grignon de Montfort.



Adriel Brandelero

Situada en la confluencia de dos modestas corrientes de agua — Meu y Garun—, que se deslizan entre los robles de Bretaña, la apacible ciudad de Montfort parecía conservar aún, en pleno siglo XVII, la fe robusta como granito sobre la cual había sido erigida su gloriosa historia, un pasado de proezas que tan bien evocan sus murallas. Sin embargo, el acontecimiento más bello de Montfort-sur-Meu, esas piedras todavía no lo conocían, pues empezó el 31 de enero de 1673, día en que vio la luz Louis-Marie Grignon, segundo hijo de Jean-Baptiste Grignon y Jeanne Robert.

Cuna escogida y preparada por la Providencia para el nacimiento del santo, Montfort se convirtió en un símbolo perenne de una realidad sobrenatural que la vida y la gesta de este hombre de Dios explicarían a la humanidad: una particular profundización en la devoción a la Santa Madre del Creador, llevada al extremo de la esclavitud y del abandono completo de sí mismo a sus cuidados maternos.

Para comprender el alcance de esta entrega, San Luis Grignon necesitó hacer de su existencia una íntima, prolongada y amorosa meditación sobre Nuestra Señora, a fin de que el

Altísimo le enseñara un secreto que jamás podría encontrar en libros antiguos o de sus contemporáneos. Se trata del Secreto de María, arcano de una arraigada relación con la Madre de Dios, que al final de su vida San Luis transcribió en el *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, reuniendo las enseñanzas que formarán, hasta el fin de los tiempos, a los auténticos servidores de la Reina del universo.

Sigamos, en breves líneas, esa vida de meditación que preparó la elaboración del *Tratado*.

Entreteniéndose con María

Con tan sólo 12 años, Luis fue enviado por sus padres a estudiar al Co-

*San Luis Grignon
llevó la devoción
a la Virgen al
extremo de la
esclavitud y del
abandono completo
en sus manos*

legio Saint-Thomas Becket, de Rennes, donde se hospedó con su tío Alain Robert, sacerdote de la parroquia Saint-Sauveur.

Contrariamente a las costumbres de sus coetáneos, ya en la adolescencia procuró hacer del recogimiento su frecuente ocupación, de preferencia a los pies de alguna imagen de la Virgen en las iglesias de las cercanías, evitando así los asuntos del mundo que lo rodeaba.

A partir de 1695, cuando era postulante en el seminario de Saint-Sulpice, el alma del joven se elevó cada vez más, cual águila que alza su vuelo altanero por entre las nubes, para desde allí contemplar más ampliamente los esplendores casi infinitos de la Estrella de la mañana. Nuestra Señora constituía el único panorama que esa águila se complacía en contemplar. Todo entretenimiento en el que los nombres de Jesús y María estuvieran ausentes, era insípido y desagradable para él.

Durante esos años no le faltaron excelentes lecturas, que solidificaron en su alma los principios en ella inspirados por la gracia, como la de la obra de Henri-Marie Boudon, *Dieu seul. Le saint esclavage de l'admirable Mère de Dieu*, y el Salte-

rio de la Virgen atribuido a San Buenaventura. Fue también en el seminario donde el santo decidió fundar la asociación de los Esclavos de María, a fin de propagar la doctrina de la santa esclavitud, signo distintivo de su apostolado ministerial.

No obstante, lo que más claramente nos hace comprender la intensidad de su relación con la Señora de los ángeles son los momentos, poco conocidos, en los que Ella vino a convivir y comunicar personalmente sus designios maternos al apóstol que había elegido.

En una ocasión, un hombre entró en la sacristía para confesarse y se encontró con el misionero, ya al final de sus días, conversando con una dama de indescriptible blancura. Como se disculpó por las molestias, recibió esta amable explicación: «Amigo mío, me estaba entreteniéndome con María, mi buena Madre».¹ ¿Serían habituales para Luis esas milagrosas entrevistas con la Reina del Cielo? A juzgar por la naturalidad de la respuesta, todo indica que sí...

Recogido en La Rochelle

En el ocaso de su fecunda existencia, San Luis Grignion decidió poner en papel la doctrina que durante muchos años había enseñado con fruto, en público y en privado, en sus misiones.

Con toda probabilidad, era el otoño de 1712, en la tranquila ciudad de La Rochelle. Una cama, una mesa, una silla, un candelabro, era todo el adorno de su habitación en el yermo de San Elías, donde pasó sus últimos años de misión y trazó de su puño y letra las líneas del llamado *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*.

Su redacción fue relativamente rápida, resultado

de una enorme preparación remota: lecturas abundantes, conversaciones familiares con los más santos y sabios personajes de su época, incesantes predicaciones, oraciones ardientes a lo largo de décadas.

El odio de los infernos

En la Historia de la salvación suele ocurrir que toda obra santa, que da buenos frutos, es inevitablemente odiada y combatida por la raza de la serpiente. Del mismo modo, el escrito de San Luis se convirtió en el blanco de las fuerzas infernales, como, por cierto, el santo había profetizado de mane-

En el recogimiento de La Rochelle, el santo de Montfort plasmó en papel aquello que había enseñado y practicado durante décadas



Mesa sobre la cual San Luis Grignion escribió el «Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen» - Convento de las Hijas de la Sabiduría, Saint-Laurent-sur-Sèvre (Francia)



San Luis María Grignion de Montfort - Colección particular

Lucio Cesar Rodrigues

ra impresionantemente exacta: «Preveo muchos animales rugientes, que vienen con furia a destrozarse con sus diabólicos dientes este pequeño escrito y a aquel de quien el Espíritu Santo se ha servido para redactarlo, o sepultar, al menos, estas líneas en las tinieblas y en el silencio de un cofre, para que nunca aparezca. Incluso atacarán y perseguirán a aquellos y aquellas que lo leyeren y pusieren en práctica».²

De hecho, durante la Revolución francesa el manuscrito fue metido en una caja y escondido en Saint-Laurent-sur-Sèvre, en un descampado cercano a la capilla dedicada a San Miguel Arcángel. Pasada la tormenta, allí quedó olvidado hasta el 29 de abril de 1842, fecha en la que un misionero de la Compañía de María lo encontró, entre otros libros antiguos.

Tras su hallazgo, surgieron algunas dudas sobre ciertas correcciones hechas en él, que no parecía que fueran del autor, aparte de la misteriosa desaparición de varias páginas.

Originalmente, la obra estaba constituida por dieci-

nueve cuadernos, de los cuales los siete primeros se perdieron. Del octavo quedaron tan sólo diez páginas y del último, únicamente seis. Por eso nadie sabe el verdadero nombre del *Tratado*. Se supone que muy probablemente fuera *Preparación para el Reino de Jesucristo* porque San Luis³ así lo llama en el manuscrito. En cuanto al título actual, le fue dado a la obra cuando se imprimió la primera edición.

Sin embargo, ni el título perdido, ni siquiera las casi cien páginas extraviadas, le impiden obrar en las almas las conversiones que la Virgen tanto espera, pues el *Tratado* es portador de gracias que enseñan a los corazones con más acuidad aún que las palabras ahí contenidas instruyen las mentes.

Rescatada de las sombras y puesta en el candelero, la nueva doctrina mariana encerrada en esas pocas hojas de papel empezó a extenderse por el orbe y el número de esclavos de María se multiplicó y continúa propagándose en pleno siglo XXI.

Ahora bien, ¿qué doctrina nueva dotada de poder es esta, temida por los infiernos hasta el punto de intentar por todos los medios hacerla desaparecer?

En busca de la perla más preciosa

Esclavitud. Condición inferior no existe. No obstante, «nada hay tampoco entre los cristianos que nos haga pertenecer más absolutamente a Jesucristo y a su Santa Madre que la esclavitud voluntaria, a ejemplo del mismo Jesucristo, que tomó la forma de esclavo por nuestro amor —*formam servi accipiens*—, y de la Virgen Santísima, que se proclamó la sierva y la esclava del Señor».⁴

Encadenarse a las manos de Nuestra Señora consiste, como argumenta ampliamente el santo,⁵ en ir por el camino más corto, eficaz y seguro de unirnos plenamente a Nuestro Señor Jesucris-

to, es decir, de consumir la vida espiritual y alcanzar la santidad.

Ahora bien, siguiendo al pie de la letra las recomendaciones de San Luis, veremos que la devoción a María, llevada al extremo, requiere una entrega a Ella de todo lo que se posee, ya sea en el orden de la naturaleza o de la gracia, de la manera más radical, como él mismo lo recomienda vivamente: «Si has hallado el tesoro escondido en el campo de María, la perla preciosa del



San Luis Grignion ante Nuestra Señora Reina de los corazones, con el «Tratado» al pie de su trono

Encadenarse a María consistía, para él, el camino más corto, eficaz y seguro de unirnos plenamente a Nuestro Señor

Evangelio, tienes que venderlo todo para comprarlo; debes hacer un sacrificio de ti mismo en las manos de María y perderte dichosamente en Ella para encontrar allí sólo a Dios».⁶ Una vez poseída esa perla de valor incalculable, ¿qué más podría desear el alma humana, sino tenerla consigo, incluso en la visión beatífica?

Esa es una cláusula que, felizmente, consta en las palabras esenciales de la fórmula compuesta por San Luis: «Te entrego y consagro, en calidad de esclavo, mi cuerpo y mi alma, mis bienes interiores y exteriores, y hasta el valor de mis buenas acciones, pasadas, presentes y futuras, dejándoos entero y pleno derecho de disponer de mí y de todo lo que me pertenece, sin excepción, según tu voluntad, para mayor gloria de Dios, *en el tiempo y la eternidad*».⁷

Una entrega tan completa a una pura criatura —Madre de Dios y Reina de los Cielos y de la tierra, sin duda, pero meramente humana— no podría dejar de suscitar oposiciones, ya previstas también por el santo de Montfort:

«Si algún crítico, al leer esto, piensa que hablo aquí exageradamente o por devoción desmesurada, no me está entendiendo; bien por ser hombre carnal, que de ningún modo gusta de las cosas del espíritu, bien por ser del mundo, que no puede recibir el Espíritu Santo, bien por ser orgulloso y crítico, que condena o desprecia todo

lo que no entiende. Pero las almas que no han nacido de la sangre, ni de la voluntad de la carne, sino de Dios y de María, me comprenden y aprecian; y para ellas estoy escribiendo».⁸

Los apóstoles de los últimos tiempos

El sentido profético de San Luis fue lejos, pues no imaginó que esas almas receptivas a la sublime devoción de la esclavitud de amor se restringían a las que estaban vivas en aquella época,

sino que las divisó en su horizonte sobrenatural en un período futuro:

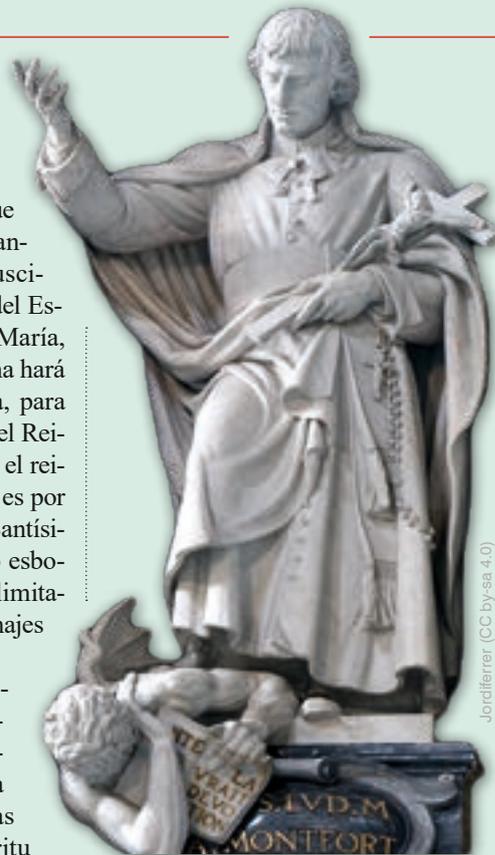
«Además hemos de creer que al final de los tiempos, y quizá antes de lo que pensamos, Dios suscitará grandes hombres llenos del Espíritu Santo y del espíritu de María, por quienes esta divina Soberana hará grandes maravillas en la tierra, para destruir el pecado y establecer el Reino de Jesucristo, su Hijo, sobre el reinado del mundo corrompido; y es por medio de esta devoción a la Santísima Virgen —que no hago sino esbozar, disminuyéndola con mis limitaciones— que esos santos personajes llevarán todo a cabo».⁹

Estos apóstoles de los últimos tiempos, según la expresión de San Luis, no sólo vivirán sus enseñanzas de forma radical, sino que serán antorchas vivas para iluminar con el espíritu de María los corazones de los hombres, preparando en las almas el reinado de su divino Hijo:

«Como por María vino Dios al mundo por primera vez, en humillación y anonadamiento, ¿no podríamos decir también que por María vendrá Dios por segunda vez, como lo espera toda la Iglesia, para reinar en todas partes y para juzgar a vivos y muertos? Cómo y cuándo será, ¿quién lo sabe?».¹⁰

«Adveniat regnum Mariæ»

La inmensidad de sus deseos lo hacía gemir a la espera de ese nuevo or-



San Luis María Grignion de Montfort
Basilica de San Pedro, Vaticano

«¡Ah!, ¿cuándo llegará ese tiempo dichoso en que María será Señora y Soberana en los corazones? ¿Cuándo llegará el día en que las almas respirarán a María?»

den de cosas que la devoción a María, como había enseñado, haría nacer:

«¡Ah!, ¿cuándo llegará ese tiempo dichoso en que María será establecida como Señora y Soberana en los corazones, para someterlos plenamente al imperio de su gran y único Jesús? ¿Cuándo llegará el día en que las almas respirarán a María como los cuerpos respiran el aire? Para entonces sucederán cosas maravillosas en este mundo, donde el Espíritu Santo, al encontrar a su querida Esposa como reproducida en las almas, vendrá a ellas en abundancia y las llenará de sus dones, y particularmente del don de su sabiduría, para obrar maravillas de gracia».¹¹

No es sin razón que el nombre más probable del *Tratado* sea *Preparación para el Reino de Jesucristo*. La era de Nuestro Señor vendrá en el momento en que la sagrada esclavitud esté extendida por toda la humanidad: «Ese tiempo sólo llegará cuando se conozca y practique la devoción que enseñó: “*Ut adveniat regnum tuum, adveniat regnum Mariæ*”».¹²

Mientras los hombres del siglo se embriagan con las atracciones de este mundo, el cual es incapaz de ofrecerle al alma humana el único bien que puede saciarla, volvamos la mirada a Nuestra Señora y hagamos nuestras las oraciones del santo mariano: que tarde o temprano la Santísima Virgen tengas más hijos, siervos y esclavos de amor como jamás ha habido y que, por este medio, Jesucristo, nuestro amado Maestro, reine más que nunca en todos los corazones.¹³ ✧

¹ LE CROM, Louis. *Saint Louis-Marie Grignion de Montfort: un apôtre marial*. Tourcoing: Les Traditions Françaises, 1946, p. 367.

² SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT. *Traité de la vraie dévotion à la Sainte Vierge*, n.º 114. In: *Œuvres Complètes*. Paris: Du Seuil, 1966, p. 557.

³ Cf. Ídem, n.º 227, p. 641.

⁴ Ídem, n.º 72, p. 533.

⁵ Cf. Ídem, n.º 120, pp. 562-563; n.ºs 152-159, pp. 582-590.

⁶ SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT. *Le Secret de Marie*, n.º 70. In: *Œuvres Complètes*, op. cit., p. 476.

⁷ SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT.

L'amour de la Sagesse Éternelle, n.º 225. In: *Œuvres Complètes*, op. cit., pp. 215-216.

⁸ SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Traité de la vraie dévotion à la Sainte Vierge*, n.º 180, op. cit., pp. 606-607.

⁹ SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT. *Le*

Secret de Marie, n.º 59, op. cit., p. 468.

¹⁰ Ídem, n.º 58, p. 468.

¹¹ SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Traité de la vraie dévotion à la Sainte Vierge*, n.º 217, op. cit., pp. 634-635.

¹² Ídem, n.º 217, p. 635.

¹³ Cf. Ídem, n.º 113, p. 557.

La promesa de Abrahán en las manos de una mujer

Entre las damas providenciales de la Antigua Ley, hubo una que brilló especialmente por su altísima misión y semejanza de mentalidad con Nuestra Señora. ¿Quién fue?



Hna. Patricia Victoria Jorge Villegas, EP

Formando un solo corazón con su divino Hijo, «el Primogénito de toda la Creación», en quien «fueron creadas todas las cosas en el Cielo y en la tierra» (cf. Col 1, 15-16), la Santísima Virgen es el eje en torno al cual giran los acontecimientos de la Historia. Dios lo creó todo en función de Jesús y de María, y cualesquiera formas de virtud o belleza existentes en las almas y en los demás seres no son más que reflejos de sus insuperables perfecciones.

En este sentido, los patriarcas, los profetas y las santas mujeres del Antiguo Testamento fueron, cada uno a su manera, prefiguraciones del Salvador y de su Madre, y sus vidas constituyeron verdaderas profecías acerca de Ellos. Isaac, por ejemplo, anunció el misterio de la Redención al aceptar ser sacrificado a Dios por las manos de su propio padre (cf. Gén 22, 1-9) y Judit, al decapitar a Holofernes (cf. Jdt 13, 9-10), profetizó la victoria de Nuestra Señora sobre la raza de Satanás.

Ahora bien, entre las damas providenciales de la Antigua Ley, hay una que nos llama especialmente la atención por la confianza que la Providencia depositó en ella y por la semejanza de mentalidad que tuvo con la Virgen aun antes que ésta viviera entre los hombres: Rebeca, esposa de Isaac.

«Dos naciones hay en tu vientre»

En efecto, desde su juventud Rebeca manifestó una admirable docilidad a los designios divinos. Al oír de labios de Eliezer, siervo de Abrahán,

la invitación de casarse con Isaac, y discerniendo en ese llamamiento la mano del Señor, no dudó en despojarse de todo lo que tenía y dar su «fiat», como más tarde lo haría la Madre del Redentor a propuesta del arcángel (cf. Gén 24, 33-58; Lc 1, 38).

El autor sagrado, bajo la inspiración del Paráclito, así la describe: «La muchacha era muy hermosa, una doncella que no había conocido varón» (Gén 24, 16). En cuanto Isaac la vio, quedó encantado por sus virtudes y su belleza, y así se consoló por la muerte de su madre, Sara.

Pero, como suele ocurrir con los elegidos de Dios, la perplejidad no tardó en presentarse en la vida de Rebeca. A pesar de la santidad de su unión con Isaac, era estéril, lo cual constituía un paradójico obstáculo para el cumplimiento de la promesa divina que flotaba sobre ellos... Consciente, no obstante, de que «para Dios nada hay imposible» (Lc 1, 37), esta alma justa se dedicó a orar confiadamente para obtener descendencia. Después de veinte años de dolorosa espera, Rebeca finalmente empezó a sentir los signos del embarazo. Sin embargo, en su interior estaba experimentando algo parecido a un duelo, lo que le producía un dolor terrible. Al no lograr



Discerniendo la mano del Señor en la invitación hecha por Eliezer, Rebeca no dudó en despojarse de todo y dar su «fiat»

Rebecca y Eliezer - Colegiata de Nuestra Señora de Dinant (Bélgica)

entender lo que le estaba pasando, «se fue a consultar al Señor», que le dijo: «Dos naciones hay en tu vientre, dos pueblos se separarán de tus entrañas. Un pueblo dominará al otro, el mayor servirá al menor» (Gén 25, 22-23).

Esta revelación —la única en que Dios se dirige directamente a una mujer en la Sagrada Escritura— no tardó en cumplirse. De Rebeca nacieron dos niños que representaron dos descendencias espirituales, enemigas hasta el fin de los tiempos: la de las almas fieles y poseedoras de la bendición divina, personificada en Jacob, y la estirpe de los prevaricadores, cuyo prototipo era Esaú.¹

El futuro de la promesa en sus manos

Con el nacimiento de sus hijos mellizos comenzó propiamente la misión profética de Rebeca. Única conocedora de los verdaderos designios de Dios respecto a ambos, debía obtener para su hijo menor, Jacob, la bendición patriarcal.

Isaac pensaba que la promesa de Abrahán descansaría sobre Esaú y, por lo tanto, alimentaba cierta preferencia por él. Además, ignoraba que, en un ataque de intemperancia, este hijo indigno le había vendido a su hermano su derecho de primogenitura a cambio de un plato de lentejas. Sintiendo entonces que la muerte se acercaba, quiso bendecirlo. Aunque antes de hacerlo le pidió que saliera a cazar y le preparara un suculento plato.

Rebeca, que había escuchado el diálogo entre los dos, entendió que en ese momento el futuro de la promesa de Abrahán pasaba por sus manos. Sabia, delicada y sagaz, enseguida ideó un plan a favor de su hijo Jacob. Sabiendo que Isaac ya no distinguía las fisonomías por su avanzada edad, le



Reproducción

La intervención de Rebeca en los acontecimientos fue decisiva. ¿Qué fin habría tenido la promesa divina en las impías manos de Esaú?

Detalle de «Isaac bendiciendo a Jacob», por Isaac Master
Basilica de San Francisco, Asís (Italia)

ordenó a Jacob que fuera al campo y trajera dos cabritos, para que ella misma los preparara. Así, podría adelantarse a Esaú y recibir la bendición en su lugar. Jacob vaciló: «Ten en cuenta que mi hermano Esaú es velludo y yo, en cambio, lampiño. Si por casualidad me palpa mi padre y quedo ante él como un mentiroso, atraería sobre mí la maldición, en vez de la bendición» (Gén 27, 11-12). Rebeca, no obstante, tomada por una certeza sobrenatural en la promesa divina, le respondió: «Caiga sobre mí tu maldición, hijo mío» (Gén 27, 13).

Alma esencialmente mariana

Después de preparar el plato que le ofrecería a Isaac, Rebeca se puso a disfrazar a su hijo menor: lo vistió con la ropa de su hermano y le cubrió las manos y el cuello con la piel de los cabritos. Todo envuelto en la protección materna, Jacob finalmente se presentó ante su padre. La Providencia Divina veló entonces el discernimiento del patriarca y la bendición de la primogenitura le fue concedida a él, según la voluntad del Señor (cf. Gén 27, 18-29).

Por su «astucia santa y llena de misterio»² y su mediación mater-

nal para con su hijo elegido, Rebeca fue un alma mariana por excelencia. En efecto, «Nuestra Señora fue igualmente adornada con el don de la santa sagacidad. [...] La Virgen humilla al demonio usando la fuerza, la discreción y la destreza para pisarle la cabeza y arrebatarle de sus malditas garras las almas que pretende perder».³ Además, trata a todos los que confían en Ella como nuevos «Jacob»: los adorna con las prerrogativas que les faltan para ser herederos de la bendición y les obtiene, ante Dios, las gracias y la misericordia que por sus propios méritos nunca alcanzarían.

Fidelidad que marcó la Historia

Innegablemente, la intervención de Rebeca en los acontecimientos fue decisiva. Sin ella, ¿qué habría sido de la posteridad de Abrahán? ¿Qué fin habría tenido la promesa divina en las manos irresponsables e impías de Esaú? La Historia de nuestra fe jamás dejará de elogiar la santidad de esa dama, cuyo ejemplo encantará a las almas fieles hasta el fin de los tiempos.

Que ella interceda por nosotros junto a María Santísima y nos conceda la gracia de imitar su fidelidad cuando, si le place a Dios, las circunstancias hagan que el futuro de la Iglesia pase también por nuestras pequeñas y frágiles manos. ✧

¹ Cf. SAN LUIS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT. *Tratado da verdadeira devoção à Santíssima Virgem*, n.º 185-200. 40.ª ed. Petrópolis: Vozes, 2010, pp. 180-192.

² Ídem, n.º 184, p. 177.

³ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Maria Santíssima! O Paraíso de Deus revelado aos homens*. São Paulo: Arautos do Evangelho, 2020, v. III, pp. 34-35.

Un mensaje recibido con amor y adhesión

Mientras anunciaba en Portugal el triunfo de su Inmaculado Corazón, la Santísima Virgen ya preparaba en Brasil la ejecución de ese grandioso y profético designio. Para ello, eligió a un niño.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Cierto día, Plinio se encontraba en la clase de gimnasia, en el Colegio San Luis, donde estudiaba,¹ y se fijó en los bonitos bambúes que allí había: elegantes y alineados, plantados con método y simetría, cuyo suelo estaba cubierto de una arena blanquísima y pura. Se quedó encantado al contemplar esa magnífica ordenación de la naturaleza y tuvo una extraordinaria sensación de disciplina, elevación y limpieza. Hasta el final de su vida guardaría en la memoria lo que sintió en esa ocasión.

«La analogía que me vino a la mente, contemplando el cañaveral de bambú, era la de un orden humano perfecto, como la alineación rectilínea de aquella pared vegetal. Sus

puntas, moviéndose a gran altura, me parecían simbolizar el orden y la intransigencia. [...] El cañaveral firme y erguido me daba la impresión de un escuadrón de guerreros ordenados en batalla, levantando sus inmensos sables y pareciendo tocar el azul del cielo. Y el sol admirativo y ceremonioso iba poniéndose sobre ellos, bajando lentamente y proyectando una sombra en el arenal del patio del recreo. [...] Por otra parte, las luces vespertinas de la São Paulo de aquel tiempo tenían una belleza extraordinaria y una luminosidad triunfal, que me tocaban profundamente».

Había otro elemento que aumentaba la belleza de la escena: «De vez en cuando, un sacerdote andaba por el

colegio silencioso, rosario en mano, meditativo, con sotana y fajín negros, llevando la clásica birreta en la cabeza. Otro pasaba cerca de los bambúes, rezando su breviario encuadernado en negro, sosegado y tranquilo. Ambos se cruzaban en el patio, se saludaban y seguían su camino».

Todo aquello era digno y compuesto, contrario al desorden que reinaba allí cuando se encontraban los niños, en medio del correteo y del caos, de los malos tratos, del igualitarismo y de la brutalidad.

Cruzado del orden del universo

Plinio vio entonces el contraste entre el orden de la naturaleza y de la Iglesia, tan acorde con lo que él ama-



Contemplando el cañaveral de bambú de su colegio, durante una clase de gimnasia, el joven Plinio concluía: «Vendrá el día en que la ordenación que hay en la Creación ya no soportará los pecados de los hombres y se levantará para castigarlos»

A la izquierda, alumnos haciendo gimnasia junto al cañaveral de bambú del patio del Colegio San Luis; a la derecha, recreo en el mismo patio, en la época en que Plinio estudiaba allí

ba, y por otro lado el mundo entero inmerso en el pecado. Y pensó: «¡Ese es el orden que Dios ha puesto en el mundo! Orden en la Iglesia: los jesuitas rezando, pausados y serios. Orden que Dios ha querido manifestarle al hombre a través de la naturaleza: el cañaveral, que también representa el pasado, pues las personas que aprendieron a plantar los bambúes en línea recta no eran como esta chiquillería... ¡Cuánto me gusta este orden!».

Llamado ya en la infancia a representar el orden del universo, entró en plena consonancia y se hizo uno con los reflejos que de él encontraba. Estando en aquel patio del colegio, suspirando por ese orden y deseando que todas las cosas estuvieran dispuestas según su finalidad, sintió la voz de la gracia en su interior y se dijo, lleno de convicción: «La humanidad está perdida y camina hacia una hecatombe. Vendrá el día en que la ordenación que hay en la Creación ya no soportará los pecados de los hombres y se levantará para castigarlos».

Ahora bien, él no había concebido esta idea por haber escuchado alguna profecía, sino motivado por la noción del ser y el discernimiento de los espíritus. Fue su primera idea acerca de un futuro castigo universal y de una intervención de la Providencia, que estremeciese la naturaleza, transformase la humanidad e implantase el orden. E incluso vislumbró cómo sería la conclusión de esos acontecimientos que preveía: «Entendí que ese desenlace no sería propiamente el fin de los tiempos, sino que iniciaría una era en la que los hombres recibirían las últimas enseñanzas antes de que la Historia terminase; y me preguntaba lo siguiente: “¿Cómo será la tierra el día en que el pecado sea vencido y las personas vuelvan a tener cordura?”. Y reflexionaba: “Lo que existe ahora de bueno permanecerá, pero esta época será mucho mejor que todo esto, ya que constituirá



Reproducción

«¡Seré el soldado de la certeza de que el orden del universo no se dejará aplastar por el mal!»

Plinio en la Congregación Mariana del Colegio San Luis, en 1921

la réplica de Dios contra el mal. ¡Y la Iglesia será la reina!».

Y de inmediato se reafirmó en su decisión de luchar a favor del bien, como cruzado del orden del universo: «¡Dedicaré mi existencia a trabajar contra el caos, por el orden de Dios que será restablecido! ¡Seré el soldado de esta esperanza! Pero decir “esperanza” es quedarse corto. Para mí se trata de una certeza: ¡el orden del universo no se dejará aplastar por el mal!».

El grito de las criaturas por el orden de la Creación

Era un principio completamente teológico formulado por un niño, sin los conocimientos propios de un doctor, pero que tenía en su alma la inocencia, el sentido de la santidad y una profunda intuición sobrenatural sobre la armonía de la Creación.

En efecto, en las criaturas ese orden está constituido por Dios de tal manera que bastaría un solo pecado para que repercutiese en toda la naturale-

za como algo parecido a un temblor de indignación, con tendencia a vengar la falta. Si los ángeles no retuviesen los astros, las aguas de los océanos, las arenas de los desiertos, los animales y los vegetales y no mantuviesen a la Tierra en su órbita, todo entraría en convulsión y sería impulsado a levantarse contra ese pecador para aniquilarlo, al haber quebrantado el orden que no debía ser alterado.²

Cuando el hombre abandona la fe, rebelándose contra Dios o dándole la espalda, y estableciendo una verdadera imagen del infierno en la tierra, tiene que llegar el momento en que el Creador, por así decirlo, retira su mano provocando la venganza de la naturaleza. Como resultado, las catástrofes comienzan a multiplicarse. El Dr. Plinio así lo afirmaría posteriormente: «La doctrina católica enseña el universo en orden. De ahí viene la certeza de que las cosas deben orientarse hacia ese orden o el mundo se acaba. Porque hay algo a manera de un grito de la naturaleza que ruge y le pide a Dios venganza cuando El mismo es contrariado».

El mensaje recibido y entendido

Al narrar estos episodios, el Dr. Plinio no dudaba en reconocer el aspecto sobrenatural de lo que había sucedido ese día mientras contemplaba el cañaveral de bambú y de la penetración de sus previsiones acerca del futuro del mundo. «Percibo claramente que aquello era, sobre todo, un fruto de la gracia, pues para que un niño de esa edad llegase a conclusiones tan profundas, los meros recursos de la naturaleza no bastaban. Incluso soy propenso a aceptar que hubiera habido una acción de carácter místico».

De hecho, tan elevadas reflexiones no se explican sin una intensa acción de gracias místicas. En 1920 o 1921, poco después de las apariciones de Nuestra Señora en Fátima, en el patio del Colegio San Luis le era desvelado a un niño el secre-

Peregrinando dentro de una mirada

Al entrar en contacto con la imagen peregrina de Nuestra Señora de Fátima que había derramado milagrosas lágrimas en 1972, el Dr. Plinio elevó un canto de amor y admiración cuya unción marcó a todos los que lo conocieron.



Plinio Corrêa de Oliveira

Fisonomía igual no conozco. La tengo ante mí y, movido por la inveterada costumbre de observarlo todo y explicarlo para mi propio entendimiento, me fijo en ella con atención. Y de repente percibo que entro dentro de ella.

Sí, esa fisonomía única como que fluye de la cara y especialmente de sus ojos. Me envuelve en el ambiente que crea. Al mismo tiempo, me invita a entrar a fondo en su mirada.

—¿Qué mirada! Ninguna es tan límpida, tan franca, tan pura, tan acogedora. En ninguna se penetra con tal facilidad. Sin embargo, tampoco ninguna presenta profundidades que se pierden en tan lejano horizonte.

Cuanto más se camina dentro de esa mirada, más ésta atrae hacia un indescriptible ápice interior y profundo.

—¿Qué ápice? —El estado de alma que estaría tentado a decir lleno de paradoja, si la palabra *paradoja*, de la que tanto se abusa en el lenguaje corriente, no muriera en mis labios por irrespetuosa.

Toda perfección —dice la Escuela— resulta del equilibrio de los contrarios armónicos. No se trata en modo alguno de un precario equilibrio entre flagrantes contradicciones —y, al decirlo, pienso en esa paz pobre, esclerótica y vacilante que el mundo contemporáneo pretende conservar a costa de tantas concesiones y de tantas vergüenzas—, sino de una armonía suprema entre todas las formas de bien.

Es precisamente ese vértice, en el cual confluyen todas las perfecciones, el que veo erguirse en el fondo de esta mirada. Vértice incomparablemente más alto que las columnas que sostienen el firmamento. Vértice

desde cuya altura un imperativo cristalino, categórico, irresistible excluye toda forma de mal, por muy leve y diminuto que sea.

Uno puede pasarse la vida entera caminando dentro de esa mirada y nunca tocar ese vértice. —¿Camina inútil? —No. Dentro de esa mirada no se anda; se vuela. No se pasea; se peregrina.

Esa montaña sagrada, sinopsis de todas las perfecciones creadas, el peregrino, sin lograr nunca alcanzarla, cada vez la ve más claramente a medida que vuela en dirección a Ella.

A lo largo de esa peregrinación del alma, la mirada en la cual vuela ya no lo envuelve, solamente. Sino que penetra en él. Cuando el peregrino cierra los ojos, cree verla a manera de luz en lo más profundo de sí mismo. Tengo la impresión de que, si durante toda la vida es fiel en ese vue-

to que nadie sabía, sobre el castigo que vendría y las condiciones para la implantación de una era histórica en la que Ella reinaría sobre la tierra. Es cierto que los tres pastorcitos le hablaron al mundo con decla-

raciones explícitas y le hicieron una invitación a la humanidad, pero también es verdad que este niño no estaba llamado solamente a dirigirse al mundo, sino a luchar por la construcción de un mundo nuevo.

Y el mensaje, cuyo significado tal vez los niños de Cova da Iria no entendiesen del todo, el niño de São Paulo lo comprendió perfectamente, ayudado por los dones con que la Providencia lo había colma-

¹ Los hechos narrados en este artículo ocurrieron cuando Plinio Corrêa de Oliveira tenía unos 12 años.

² Sobre la incidencia del pecado en el orden universal, así se ex-

presa el Papa Pablo VI: «Todo pecado lleva consigo la perturbación del orden universal, que Dios ha dispuesto con inefable sabiduría e infinita caridad, y la destrucción de ingentes bie-

nes tanto en relación con el pecador como de toda la comunidad humana» (PABLO VI. *Indulgentiarum doctrina*, n.º 2). El gran doctor de la devoción mariana San Luis María Grig-

nion de Montfort también menciona ese principio de los efectos del pecado sobre toda la Creación: «Todas las criaturas, hasta las más insensibles, giran bajo el peso de los innu-

lo, cuando cierre definitivamente sus ojos, esa luz brillará en el fondo de su alma por toda la eternidad.

La mirada es el alma de la fisonomía. —¡Y qué fisonomía la que tengo ante mí! Para un tonto le parecería inexpresiva. Para un diestro observador manifiesta una plenitud de alma más grande que la Historia, porque toca en la eternidad; más grande que el universo, porque refleja el infinito.

Su frente es como si contuviera pensamientos que, a partir de un pesebre hasta terminar en una cruz, abarcan todo el acontecer humano.

Toda su cara, su nariz, cuyo trazo posee un encanto «más bello que la belleza», como dice el poeta, sus labios silenciosos, pero que lo dicen todo a cada instante, parecen alabar a Dios en cada criatura según las características de cada una y pedirle a Dios por toda su miseria como si estuviera con dolándose de las peculiaridades de cada una de ellas... Esos labios tienen tal elocuencia que al lado de las de Demóstenes o de Cicerón no serían más que vocerío.—Y su cutis: ¿nívea? —El calificativo lo dice todo y no dice nada. Pues para describirla haría falta imaginar un níveo que dejara relucir en su profundidad, con discreción infinita, todos los matices del arco iris y con ello inspirar en el alma de quien la contempla todos los encantos de la pureza.

Sí, peregriné en esa mirada tan llena de sorpresas. E, inesperadamente,



Imagen peregrina de
Nuestra Señora de Fátima
Nueva Orleans (Estados Unidos)

percibo que la mirada al mismo tiempo peregrina dentro de mí. Pobre y misericordiosa peregrinación, no de esplendor a esplendor, sino de carencia a carencia, de miseria a miseria. Es simplemente abrirme a ella que, para cada defecto, me ofrece un remedio, para cada obstáculo una ayuda, para cada aflicción una esperanza.

Pero, al fin y al cabo, ¿qué tengo delante de mí? —Una imagen de madera como otras muchas, sin ningún valor artístico especial.

No obstante, sólo con mirarla fijamente, sin moverse ni experimentar la más mínima transformación, esta

imagen empieza a hacer lucir todos esos esplendores.

—¿Cómo? —Tampoco lo sé. Es la imagen de Nuestra Señora de Fátima, la cual derramó lágrimas en Nueva Orleans,¹ a propósito de los pecados de los hombres y de los castigos que éstos así acumulan sobre sí.

Dondequiera que va, la imagen atrae multitudes. Insisto, lector. Si crees en la descripción que he hecho, te invito a que hagas de tu parte esa magnífica peregrinación dentro de la mirada de la Virgen.

Reza entonces por ti. Reza por la Santa Iglesia conturbada y atormentada como nunca. Y por este inmenso Brasil de María. ✧

Extraído de: *Folha de São Paulo*.

São Paulo. Año LVI. N.º 17 389

(12/11/1976); p. 3.

¹ En julio de 1972, una imagen peregrina de Nuestra Señora de Fátima esculpida bajo la orientación de la Hna. Lucía, vidente de las apariciones, derramó lágrimas trece veces en la ciudad de Nueva Orleans, Estados Unidos. El día 21 del mismo mes, la *Folha de São Paulo* estampaba una impresionante fotografía de la imagen en cuyos ojos se podía distinguir con nitidez el brillo de las lágrimas, una de las cuales ya pendía de la nariz, a punto de caer. Tal hecho fue el comienzo de una intensa relación del Dr. Plinio con esa representación de la Virgen que, a partir de aquel momento, empezaría a llamar «Sagrada Imagen».

do. Amó esas palabras interiores, adhirió con toda su alma a la Santa Iglesia, así como al orden del universo, atacado y herido por el pecado, y dijo una vez más: «¡Seré contra ese mundo!».

En otras palabras, podemos afirmar que, mientras en Portugal anunciaba el triunfo de su Inmaculado Corazón, Nuestra Señora ya estaba preparando en Brasil la ejecución de ese grandioso y profético designio. ✧

Extraído, con adaptaciones, de: *El don de la sabiduría en la mente, vida y obra de Plinio Corrêa de Oliveira*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2016, v. I, pp. 328-334.

merables pecados de Babilonia y piden vuestra venida para restaurarlo todo: *omnis creatura ingemiscit* (cf. Rom 8, 22)» (SAN LUIS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT. Priè-

re Embrasée, n.º 5. In: *Œuvres Complètes*. Paris: Du Seuil, 1966, p. 677). Es muy elocuente, en ese sentido, un bello pasaje del Libro de la Sabiduría, cuando menciona la coopera-

ción de las criaturas inanimadas en las obras de Dios: «El universo luchará a su lado contra los insensatos. Los rayos partirán como disparos ciertos: de las nubes, como de un

arco bien tenso, volarán hacia el blanco; una ballesta arrojará una furiosa granizada, las olas del mar se encresparán contra ellos y los ríos los sumergirán sin piedad» (5, 20-22).

El precio de la integridad

Margarita brilló en la Historia de Inglaterra por su virtud y su fe, aun cuando el injusto odio del cismático Enrique VIII encontró en ella una víctima y enemiga a la que destruir.



Bruna Almeida Piva

Al rayar el alba del 27 de mayo de 1541, avisaron a la condesa de Salisbury de que su última hora había llegado. Su largo e injusto cautiverio en la temible Torre de Londres se terminaba. En defensa de su inocencia, su sentido de justicia la inducía a protestar contra la crueldad del rey Enrique VIII; pero ignorada, se dirigió con paso firme y decidido al lugar de su ejecución.

Cerca de ciento cincuenta personas se encontraban allí para presenciar el lúgubre espectáculo. Sin perder la compostura de su nobilísimo li-

naje ni la dignidad propia de los blancos cabellos de una septuagenaria, la prisionera, tras encomendar su alma a Dios, se inclinó sobre un rudo tronco de madera.

El verdugo, no obstante, joven inexperto y torpe, inepto para tal oficio, golpeó con el hacha los hombros de la víctima de una manera repugnante, lo que no hizo más que aumentar su postrer sufrimiento. Dilacerada por el dolor, la desafortunada dama se levantó instintivamente e intentó correr alrededor de la tarima, siendo detenida enseguida. Finalmente, des-

pués de inhábiles y repetidos hachazos, la decapitaron.

El asombro que provoca esta narración sugiere naturalmente que la encausada habría cometido alguna particular atrocidad o bellaca traición. Sin embargo, no existía ningún justo motivo para su condenación... y quizá esa fuera la verdadera razón de tamaña violencia.

Sí, porque suele ocurrir que los peores castigos del mundo son aplicados no al crimen, sino a la inocencia. Prueba de ello, por encima de innumerables ejemplos, es la Pasión y



Irind Escent (CC by-sa 2.0)

**Suele ocurrir que los peores castigos son aplicados no al crimen, sino a la inocencia...
Y eso es lo que pasó en la temible Torre de Londres, en 1541**

Torre de Londres (Inglaterra)

Muerte del Inocente, Jesucristo, víctima insuperable de la larga historia de la crueldad humana.

Así, siguiendo los divinos pasos del Redentor, esta mártir inglesa, la Beata Margarita Pole, supo sobrellevar con grandeza de alma una deshonesta persecución, que había empezado mucho antes de su asesinato.

En el seno de la casa real

Margarita Pole nació el 14 de agosto de 1473. Era hija del duque de Clarence, Jorge Plantagenet —hermano de los reyes Eduardo IV y Ricardo III de Inglaterra—, y de Isabel Neville, hija del conde Edmundo Warwick, del linaje de York. Tal ascendencia hacía que perteneciera a la antigua casa real inglesa, siendo la última Plantagenet, pues con ella se terminaba esta dinastía, reinante entre 1154 y 1399.

Debido a la prematura muerte de sus padres, se educó con sus primos, los hijos de Eduardo IV. A los 21 años se casó con sir Ricardo Pole, con quien tuvo cinco hijos: Enrique, Godofredo, Arturo, Reginaldo —que llegó a ser cardenal, legado papal y más tarde arzobispo de Canterbury— y Úrsula. Los crió sola, tras haber enviudado en 1505.

En 1509, el entonces joven Enrique VIII ascendía al trono inglés en lugar de su fallecido hermano mayor, Arturo. Los lazos de sangre lo convertían a él y a Margarita en parientes cercanos. En efecto, la futura mártir era prima de Isabel de York, madre del monarca.

Durante un cierto período, el soberano alimentó nobles sentimientos hacia ella. La consideraba la «mujer más santa de su reino»¹ e incluso le devolvió la posesión de los derechos de su familia, confiscados desde la muerte de su hermano Eduardo. En 1513, la nombró condesa de Salisbury.



Reproducción

Margarita era considerada la «mujer más santa de su reino»

Beata Margarita Pole - Iglesia de Santa María, Derby (Inglaterra)

Y como prueba de más afecto y reconocimiento todavía, junto con su esposa Catalina de Aragón, le encomendó la educación de su hija, la princesa María Tudor. La condesa fue madrina de Bautismo y de Confirmación de la que un día sería reina de Inglaterra e Irlanda.

Ahora bien, si el corazón de este soberano parecía, al principio, repleto de buenas intenciones, pronto se reveló soberbio y ambicioso. A pesar de haber luchado por los intereses de la Santa Iglesia contra el protestantismo y recibido del sumo pontífice el honroso título de *Defensor de la fe*, se creyó con derecho a sepultar en el cisma a la nación inglesa, a fin de justificar su abyecta lujuria...

Categorico rechazo al error

De hecho, Enrique VIII, envilecido por sus malas pasiones, se dejó seducir por Ana Bolena, una de las damas de la corte. Entonces empezó a buscar la manera de anular su legítimo matrimonio con Catalina de Aragón, aduciendo, entre otros, el pretext-

to de que ella no había podido engendrar a un hijo varón que llegara a heredar el trono.

Al encontrar una evidente resistencia por parte de las autoridades eclesiásticas, se proclamó oficialmente como único jefe de la Iglesia en Inglaterra: había sido declarada la ruptura con Roma. A partir de entonces, la historia inglesa quedaría indeleblemente manchada por la rubra sangre de innumerables católicos que osaron resistirse a los frenéticos arrebatos de impudicia y capricho de un rey.

«La condesa Margarita Pole», por su parte, «siempre considerada como una mujer santa, de profunda y arraigada fe, con gran fortaleza y acostumbra a sufrir»,² enfrentó esa tortuosa situación junto con Catalina de Aragón y María Tudor, sumisa a la Iglesia verdadera y reprobando de forma categórica las locuras del monarca.

Comienza la persecución

Constante en su resolución de fidelidad, Margarita se convirtió en el blanco de la enemistad y el odio de Enrique VIII, no porque representara una amenaza para sus pérfidos intereses, sino por el hecho de que la mera presencia de esa noble y virtuosa dama se había vuelto la más tenaz condena de su conducta.

El Libro de la Sabiduría denuncia con profético acierto el raciocinio de los malos cuando se hallan ante la integridad: «Acechemos al justo, que nos resulta fastidioso: se opone a nuestro modo de actuar [...]. Es un reproche contra nuestros criterios, su sola presencia nos resulta insoportable» (2, 12.14). Sin duda, «todo el que obra el mal detesta la luz» y trata destruirla «para no verse acusado por sus obras» (Jn 3, 29). Lo mismo haría el rey de Inglaterra con aquella de

quien antes afirmaba amar y honrar como a su propia abuela.

Al no poder librarse de ella de inmediato, como deseaba, sin que suscitara inconvenientes y encendidas protestas, Enrique VIII actuó con cautela y discreción. Su primer golpe fue apartarla de las funciones de institutriz y excluirla de la corte, en 1533. Con ello pretendía alejar a María Tudor de la influencia de Margarita, pues le atribuía a ésta las resistencias que notaba en la princesa.

La separación hizo que ambas, que se querían como madre e hija, sufrieran profundamente.

Venganza contra la familia Pole

En 1536, cuando Ana Bolena había sido rechazada por el rey, Margarita fue reincorporada a la corte. Si bien que la furia de Enrique VIII contra ella no disminuyó nada; por el contrario, se exasperó aún más al enterarse de que Reginaldo Pole —hijo de la condesa y firme opositor de su conducta— había sido llamado a Roma para ser nombrado cardenal por el Papa Pablo III.

Como si eso no bastara, en 1540 cayó en manos del monarca el tratado *Pro ecclesiasticæ unitatis defensione*,³ cuyo autor era el propio purpurado, en el cual se evidenciaba la falacia de sus argumentos. Entonces el rey decidió llevar a cabo su extrema venganza contra la familia Pole.

El cardenal hacía años que se había mudado a Italia, a causa de su desacuerdo con el soberano, y se negaba a regresar a tierras inglesas. Esto fue lo único que lo libró de la muerte; sin embargo, no pasó lo mismo con sus alle-

gados. El 3 de noviembre de 1538, dos de sus hermanos y algunos familiares más fueron encarcelados acusados de alta traición. Su verdadero crimen, según informes de la época, había sido el de ser consanguíneos del cardenal... Todos, a excepción de uno, fueron asesinados al cabo de dos meses.

Hasta los corazones más endurecidos hallarían suficiente en demasía la tortura infligida a una madre cuyo hijo había sido decapitado y varios parientes asesinados; no así, empero, el rencoroso y voluptuoso Enrique, que aún buscaba desquitarse.

El 13 de noviembre de 1538, la valiente condesa fue arrestada en su propia casa y sometida a un amplio y taimado interrogatorio. Esperaban encontrar razones para acusarla de fomentar sublevaciones populares contra la Corona y de contemporizar con las maquinaciones revolucionarias de sus hijos.

Pese a todo, lo único que sus detractores pudieron afirmar fue que «nunca habían visto ni oído a una mujer tan decidida, tan sólida, tan preci-

sa en gestos como en palabras» y que sus honestas respuestas sólo les permitían concluir dos cosas: «O bien que sus hijos jamás le habían contado el secreto de la conspiración, o bien que ella era la traidora más arrogante y astuta que haya existido».⁴

Condenada por su brillante inocencia

A la heroica Margarita, a pesar de ello, le confiscaron sus bienes y la llevaron prisionera a Cowdray Park, donde la trataron sin la mínima civilidad. Su casa, minuciosamente registrada en busca de pruebas, también testimonió su inocencia, ya que no encontraron nada que la inculpara.

La sometieron, entonces, a un nuevo interrogatorio y se vieron obligados otra vez a reconocer su virtud: «Podemos llamarla un varón fuerte y firme, más que una mujer. Ante todos nuestros intentos, siempre se ha mostrado honrada, valerosa y correcta».⁵

Durante meses la obligaron a vivir en reclusión y aislamiento. En cierto momento, una arbitraria sentencia vino a acrisolar su prueba. De mayo a junio de 1539, la Cámara de los Lores y la Cámara de los Comunes, mediante un acto legislativo, condenaron a muerte a dieciséis personas, sin ningún tipo de juicio previo o posibilidad de defensa. Un auténtico abuso de poder... Y entre las víctimas estaba la condesa de Salisbury.

¿Qué pruebas presentaron contra ella? Una túnica de seda blanca en la que estaban bordadas las cinco llagas, símbolo que juzgaron vincularla a la llamada *Peregrinación de Gracia*, un movimiento de protesta contra el cisma



Reproducción

Margarita se convirtió en el blanco de la ira de Enrique VIII por significar, con su mera presencia, una condenación a su conducta adúltera

Enrique VIII con Juana Seymour, la tercera de sus seis mujeres, y su hijo Eduardo - Palacio de Hampton Court (Inglaterra)

del monarca inglés, en el que estaban implicados nobles y gente del pueblo. Además, se supone que había sido hecha por uno de sus acusadores con el fin de condenarla.

El 28 de junio, Margarita fue trasladada a la Torre de Londres para iniciar allí la última y más dolorosa etapa de su calvario.

En esa prisión pasó casi dos años, antes de que fuera ejecutada su sentencia, padeciendo las inclemencias del invierno con escasa ropa. La privación de casi todo lo necesario preparó su alma, ya tan paciente, para aquel fatídico y glorioso 27 de mayo, en que, víctima del odio injusto de un reino, pudo presentarse victoriosa y sin mancha al Rey de los Cielos.

Conmoción general por su muerte

Cuando se consumó su martirio en 1541, los malos tratos que había sufrido se convirtieron en blanco de reprobación universal. El embajador francés Marillac le escribió al rey Francisco I contándole que el episodio «más merece compasión que largas cartas» y añadía: «La condesa de Salisbury fue decapitada [...], en presencia de tan poca gente que hasta la tarde se dudó si había sido verdad. [...] La manera de proceder en su caso parece indicar que tenían miedo de matarla públicamente y la ejecutaron en secreto».⁶

Chappuys, embajador del emperador Carlos V, afirmó que aquella fue «la más extraña y lamentable ejecución», porque siendo «casi septuagenaria y que, según el curso natural de las cosas, ya no le quedaba mucho tiempo de vida, no había razón que pudiera legitimar esa precipitada muerte».⁷



Good Old Pete (CC BY-SA 4.0)

En su martirio, Margarita brilló como un ejemplo de integridad a imitar

Beata Margarita Pole - Iglesia de Nuestra Señora y de los Mártires ingleses, Cambridge (Inglaterra)

También el cardenal Pole, transido de dolor por lo ocurrido, lamentó: «El rey hizo decapitar a mi madre por su constancia en la fe católica, a pesar de que tenía setenta años y era, después de sus propios hijos, su pariente más cercana. Esta es la recompensa que ha tenido a bien darle por el cuidado que puso en la educación de su hija y por los largos servicios que le ha prestado».⁸

Reconocimiento de sus virtudes

«Bienaventurados los que sufren persecución por causa de la justicia», fueron las últimas palabras de esta mártir. Y bien pueden ser consideradas

como la justa definición de su vida. Al decir de uno de sus biógrafos, «se esfumó, víctima inocente de Enrique VIII, sin ser desmentida ni un momento en su negativa a confesar crímenes que no había cometido. [...] Así terminó la vida singularmente dolorosa de la última descendiente directa de una estirpe real al lado de la cual los Tudor no eran más que advenedizos».⁹

La condesa de Salisbury brilló ante Dios como una heroína y su fidelidad otrora desconocida fue proclamada al mundo entero por el sumo pontífice en 1886, con ocasión de su beatificación.

Contra el mal, ¡integridad e indignación!

El martirio de la Beata Margarita Pole es un maravilloso ejemplo de integridad a ser imitado. Frente a la insaciabilidad del mal, manifestada allí por el odio de un rey corrompido — que no cede, no descansa, no perdona ni tiene compasión; que impone la muerte, la destrucción y el deshonor; que se venga de todo y desprecia a quien se opone, con hechos o de palabra, a sus objetivos—, esta alma intrépida supo levantar el estandarte de la integridad, de la rectitud y de la fe católica.

Así pues, la sangre de esta mártir, tan generosamente ofrecida, sube al Cielo como una oración de noble valor: «¡Ojalá mataras, oh Dios, a los malvados! Apártense de mí los sanguinarios, pues hablan de ti dolosamente, y tus adversarios cuchichean en vano. ¿No odiaré a quienes te odian, Señor?, ¿no detestaré a quienes se levantan contra ti? Los odio con odio sin límites, los tengo por enemigos» (Sal 138, 19-22). ✧

¹ BIRON, Reginald; BARRENESES, Jean. *Reginald Pole. Un prince anglais, Cardinal-Légat au XVI^e siècle*. Paris: Librairie Generale Catholique, 1922, p. 152.

² ECHEVERRÍA, Lamber-to; LLORCA, SJ, Bernardino; REPETTO BETES, José Luis (Org.). *Año Cristiano*. Madrid: BAC, 2004, v. V, p. 639.

³ Del latín: *En defensa de la unidad de la Iglesia*.

⁴ BIRON; BARRENESES, op. cit., p. 142.

⁵ ECHEVERRÍA; LLORCA; REPETTO BETES, op. cit., p. 642.

⁶ Ídem, pp. 644-645.

⁷ BIRON; BARRENESES, op. cit., p. 154.

⁸ Ídem, p. 155.

⁹ Ídem, p. 154.

Educar y educarse para la libertad

La tarea de un buen educador consiste en desarrollar en sus discípulos la capacidad de raciocinar y concienciarlos de que, a pesar de ser libres, cada uno es responsable por las actitudes que adopte.



P. Bruno Esposito, OP

En cierta continuidad con mi reflexión anterior sobre la necesidad de justicia y sus intrínsecas exigencias,¹ me gustaría abordar ahora otro tema sensible y siempre actual: la libertad.

La ocasión

A primera vista, para la mayoría de la gente probablemente pasará desapercibida la íntima conexión entre esas dos columnas sobre las que descansa y toma impulso esa construcción nunca terminada, mientras dure nuestra peregrinación terrena, que es la vida —en la que no somos más que huéspedes—, la cual no olvidemos que es la única que se le da a cada uno para vivirla. Por otro lado, analizadas más de cerca, la justicia y la libertad son valores —¿bienes, ideales?— íntimamente conectados. Desde cierto punto de vista, forman parte de esos conceptos comparables a un pozo ante el cual uno puede detenerse y mirar la superficie del agua con sus eventuales reflejos, o bien decidir bajar para ir a ver qué hay en el fondo.

Aquí quiero detenerme de propósito en la superficie —que no quiere decir superficialidad—, conscientemente de que, precisamente reconociendo algunas verdades primarias, uno se da cuenta de que queda mucho por profundizar para madurar en torno a la justicia, a la libertad y, en particular,

a la forma en que cada cual las conjuga en su propia existencia. Por consiguiente, un casi «cosquillear» la curiosidad, para impeler a sumergirse en lo más profundo de estas realidades tan significativas para todos y para cada uno.

Intento hacerlo sirviéndome de la serie de televisión *Un profesor*, adaptación al contexto italiano de una novela publicada en 2018 por H. Lozano, *Cuando fuimos los peripatéticos. La novela de Merli*. En doce episodios —cada uno con título de filósofo— son narradas las vicisitudes del Prof. Balestra, un docente de Filosofía *sui generis*, que imparte clases en el tercer curso de un instituto de estudios científicos de Roma y que, con su forma de enseñar, fascina a sus alumnos con quienes generosamente comparte las peripecias propias de su edad, siguiendo a los más problemáticos y no aceptando que nadie se sienta abandonado en sus dificultades, las cuales, a esa edad, son vividas fácilmente como dramas insolubles o con «soluciones finales».

En esta historia se aprecia un creciente entendimiento recíproco, no obstante, basado en el respeto y la estima de los alumnos hacia el profesor, quien más allá de la manera nada convencional de relacionarse con ellos, aunque discutible, siempre ha ejercido su papel de educador, interviniendo

e incluso corrigiéndolos —con todos mis respetos para los que aún creen en el lema «prohibido prohibir»...—, sin condenarlos nunca o hacerles sentirse condenados, pero llevándolos a evaluar su comportamiento, convencido de que en la escuela no puede haber «discriminación, prepotencia e ignorancia», ni cabida para una idea de libertad que en realidad no es más que la ley del más fuerte, de quien logra imponerse, dominar mediante alguna de las tantas formas que todos conocemos.

Jean-Jacques Rousseau: la libertad y las reglas

Después de una bravuconada de sus alumnos, que organizaron a escondidas una fiesta nocturna en la escuela, durante la cual uno de ellos estuvo a punto de morir por exceso de alcohol y drogas, el profesor decidió darles la clase en el Coliseo. Al entrar en el Anfiteatro Flavio, algunos estudiantes le preguntaron por qué los había llevado a ese sitio tan famoso para la lección. La respuesta del profesor es desconcertante para quienes se han dejado convencer de que el cristianismo es sinónimo de represión: «¿Porque era el lugar de tortura de los inocentes y aquí los cristianos pagaron con la vida el precio de su libertad! De hecho, os traje aquí para hablaros de justicia e injusticia, pero sobre todo del



El Coliseo romano es un símbolo elocuente de la verdadera libertad, pues allí los cristianos dieron sus vidas a fin de ser libres para amar a Dios

Coliseo, Roma

abuso de la libertad y sus consecuencias, a la luz de lo ocurrido en la fiesta. Lo haré valiéndome del pensamiento de un filósofo que me gusta mucho, Rousseau. Dice él que todos los seres humanos, individualmente, son libres, sin embargo, deben respetar las normas. Ahora, me pregunto: ¿es posible ser libre con reglas que se han de cumplir? Os hago esta pregunta en vista de la bravuconada de la fiesta en la escuela. ¿Creéis que lo que hicisteis puede considerarse verdadera libertad?».

Le respondieron que así lo pensaban antes de los hechos, pero ahora absolutamente no, dado el lío que montaron y las consecuencias que todos tendrían que soportar. Entonces el profesor les hace notar que, en base a su reacción, estaban de acuerdo en que lo que han hecho no podía considerarse verdadera libertad e insistió en preguntarles por qué. La respuesta de una alumna con la cabeza gacha, refrendada por la clase, especialmente por Giulio, el chico que casi se muere, es significativa: «¡Porque no nos aportó nada bueno!».

Entonces el profesor les hizo comprender que, por eso, frente a Rous-

seau, aparecerían como personas no aptas para convivir pacíficamente con los demás, porque eran incapaces de entender las consecuencias de sus propios actos y, sobre todo, de asumir la responsabilidad por ellos. Conmocionados y benéficamente humillados por una corrección que les hizo tomar conciencia de sus errores, los alumnos le pidieron ayuda al maestro para reparar el daño causado. A lo que él les contestó: «Chicos, la libertad no significa hacer estupideces y más estupideces sin importarnos lo que pase, sin pensar en las consecuencias para nosotros y para los demás. La verdadera libertad es la autodeterminación, es decir, la capacidad de corregirse uno mismo. No puedo indicaros una solución, porque la tenéis que buscar dentro de vosotros mismos, usar el cerebro y mirar profundamente dentro de vosotros mismos. Y solamente allí es donde encontraréis vuestra verdadera libertad».

He aquí una invitación, a fin de cuentas, y aunque no se diga explícitamente, a actuar en virtud de una conciencia formada, con todo lo que esto significa,³ algo bien diferente a dejar-

se llevar por reacciones instintivas, basadas en las emociones del momento o por sentimentalismo.

Una lección para todos

Creo que todos podemos aprender algo a partir de las simples bromas de este atípico profesor. ¿Qué provecho podemos sacar de esta historia, aunque sea permaneciendo en la superficie del agua, con respecto a la justicia y a la libertad? Si bien son frecuentes, principalmente en nuestros tiempos, los casos en que se confunden los juicios y se trastocan los valores, me parece que se pueden dilucidar algunas verdades de mero sentido común. Simplemente trato de señalarlo sin ninguna pretensión, con el único propósito, como decía más arriba, de despertar la legítima curiosidad, que en este caso Santo Tomás de Aquino⁴ llamaría más propiamente *studiositas*.

La primera verdad es la necesidad de contar con buenos y sanos educadores a todos los niveles, comenzando por los padres, que no confundan tareas y roles y sean capaces de ser verdaderos guías y no meros espectadores —comúnmente disfrazados de

«amigos»—, con la falsa justificación de que cada uno debe ser el «principal formador de sí mismo». ¡Sacrosanta verdad, pero siempre que la persona haya sido educada en esto! Como ya nos lo recuerda la etimología del término: *educere*, o sea, *sacar hacia afuera, dirigir*. Por lo tanto, ayudar a sacar lo mejor que hay dentro de cada uno, pero que no sale por la fuerza de la inercia o por arte de magia, sino con un compromiso diario, que mucho le debe a quienes están a nuestro lado para formarnos y madurar, especialmente en los años de la infancia y luego de la adolescencia.

El compromiso de quienes están llamados a educar es, pues, esencialmente, el de promover, si es posible «imponiéndose» con el ejemplo, lo que no significa ser o pretender ser perfectos, sino simplemente ser honestos, sin tener miedo de mostrar sus propios límites, sus propias contradicciones, dejando claro que la bondad de lo que les es indicado o enseñado ni siquiera depende de la coherencia de quien se lo indica o enseña. Entender, por ejemplo, que respetar la propiedad ajena es un valor que no se cuestiona por el hecho de que quien me lo enseña sea un ladrón, ¡sigue siendo una verdad y un valor en sí mismo, venga de quien venga!⁵ Todo formador tiene como tarea —que lo define y da sentido a su existencia— favorecer la capacidad de razonar de aquellos a quienes está llamado a formar, concienciándolos de que al final toda elección no puede ser irreflexiva, ni el resultado de reacciones instintivas, pues siempre conlleva consecuencias para uno mismo y para los demás, y esto no deja lugar

al «no pensamiento» reprochado varias veces por el Prof. Balestra a sus alumnos. Esta es la verdadera autoridad, que no necesita ser impuesta, sino que se autoimpone, porque es percibida como lo que debe ser, capta la razón de su propia existencia: hacer crecer a las personas (*auctoritas*, de *augere*, acrecentar).

La segunda verdad sobre la libertad, en sí misma y en su necesaria articulación con la justicia, concierne a todos y para toda la vida. Cada uno está llamado a no olvidar que educarse a ser libres es una tarea diaria en la medida en que existen el bien y el mal y siempre estamos llamados a elegir entre uno y otro (cf. Dt 30, 15; Am 5, 14-15) que el peligro de confundirlos es una realidad (cf. Is 5, 20) y por eso debemos tener claro en qué consisten —«Jesús [a los escribas y fariseos] les dijo: “Os voy a hacer una pregunta: ¿Qué está permitido en sábado?, ¿hacer el bien o el mal, salvar una vida o destruirla?”» (Lc 6, 9)—, y que, a pesar de esto, experimentamos constantemente con San Pablo que «quiero hacer lo bueno, pero lo que está a mi alcance es hacer el mal» (Rom 7, 21) y

nos encontramos haciéndolo más allá de toda buena intención. De hecho, ser libre no significa hacer siempre lo que uno «siente», enmascarando tal actitud incluso de coherencia.

La verdadera libertad no consiste en el mero libre albedrío, es decir, en la posibilidad de elegir, sino sobre todo en elegir el verdadero bien a la luz del cual se hace comprensible y hasta obligatorio renunciar a lo que no se realiza. Así que la verdadera libertad se compone de la libertad de elegir, de una libertad para el bien y de una libertad de todo lo que no lo permite. Descubrir que en realidad se puede ser libre verdaderamente —como recordaba el profesor a sus alumnos mientras enseñaba a Rousseau (¡enorme incoherencia, pues éste abandonó a sus hijos, violando todas las reglas!)—, sólo a condición de observar las reglas que son casi siempre una exigencia de plena realización y no de imposición extrínseca.⁶

Algunos ejemplos sacados de la vida cotidiana quizá ayudarán a comprender mejor que no hay libertad sin reglas. Tomemos el caso de alguien que pretende conducir un vehículo o del que quiere ser submarinista. El primero sabe muy bien que debe echar gasolina al coche si quiere que arranque; el segundo, que ama escudriñar las profundidades del mar, sabe que debe hacer la descompresión al subir, si quiere volver a ver esas profundidades. Ambos, ciertamente, no consideran que poner gasolina y observar los tiempos de descompresión sea una limitación a su libertad. Seguirán siendo libres de ir en coche o en bicicleta, de bucear con las bombonas bajo el agua o



Para escudriñar las profundidades del mar hay que someterse a las normas de buceo; así también, en la vida en sociedad no hay libertad sin reglas

Cardumen de anthias - Mar Rojo (Egipto)

de quedarse en la playa a tomar el sol; creo y espero que nadie se sentirá coartado por seguir las reglas de ir en coche o sumergirse bajo el agua: parar para repostar o hacer la descomprensión.

Más allá de estos ejemplos obvios, sin embargo, se vislumbra que la verdadera libertad se alcanza respetando necesariamente las exigencias de la naturaleza humana y las de los demás, reconociendo a todo y a todos lo que le es debido, realizando así aquella justicia sobre la cual sólo puede darse la convivencia pacífica (cf. Is 32, 17). Un dar, por tanto, a «cada uno lo suyo», que define la justicia, como una medida que necesariamente debe realizarse antes de poder pensar, hablar, esforzarse y realizar la caridad, que como tal no es otra cosa que aquello *desmesurado* que presupone la plena realización de la medida —según el filósofo de la ley italiano S. Cotta.

«Espacio-tiempo»

Por consiguiente, es verdad que el hombre nace libre —para quien cree

que fue creado libre por Dios, un don inimaginable porque conlleva la posibilidad de rechazar su amor— y podemos hacer casi todo, pero una cosa es segura: no todo lo que hago es bueno para mí y para los demás y me realiza en mi dignidad de persona (cf. 1 Cor 10, 23). Así que ser instruido y educarse a lo largo de la vida para vivir como personas libres no es opcional, sino necesario, si no se quiere desperdiciar este don, convenciéndose erróneamente de que sólo haciendo lo que se quiere se es feliz, excepto descubrir, generalmente cuando ya es demasiado tarde, que hemos hecho algo malo o que en realidad nos hemos convertido en esclavos, como en el caso de los que se drogan o son adictos a otra cosa o persona (cf. 2 Pe 2, 19). Apasionante aventura que estamos llamados a vivir sintiendo el espacio y el tiempo —como canta F. Gabbani en la canción elegida como banda sonora de la serie *Un profesor*— que se nos brindan como una oportunidad que no de-

bemos perder, pese a las dificultades y los fracasos, porque: «En la confusión. Miles de millones de personas. Sólo una oportunidad aquí abajo. Entre el azul y el agujero de la capa de ozono. Entre John Lennon, Paul y Yoko Ono. El pasado no olvida. El futuro hace gimnasia. Se prepara todos los días para ti».

Un futuro que, no obstante, comienza en esa aventura que muchas veces empieza cuesta arriba todos los días de la vida y que a pesar de todo y de todos es fantástica y fascinante, como cantaba A. Venditti en 2003: «A veces creo que se acabó. Pero ahí es cuando comienza la escalada. Qué gran historia es la vida. Qué historia tan fantástica es la vida».

Seguramente, educar y educarse en la *justa libertad* cambia la calidad de vida hoy y prepara un futuro mejor, un futuro que, sin embargo, no aparece por arte de magia, sino que hay que prepararlo con el aporte de todos, empezando por el ahora de cada uno, no mañana. ✧

¹ Cf. ESPOSITO, OP. Bruno. «*Ci sarà pure un giudice a Berlino!*» In: www.padrebruno.com.

² A este respecto, es imposible no recordar lo que fue escrito en la segunda mitad del siglo II, en la *Carta a Diogneto*: «Los cristianos no se distinguen de los demás hombres, ni por el lugar en que viven, ni por su lenguaje, ni por sus costumbres. Ellos, en efecto, no tienen ciudades propias, ni utilizan un hablar insólito, ni llevan un género de vida distinto. Su sistema doctrinal no ha sido inventado gracias al talento y especulación de hombres estudiosos, ni profesan, como otros, una enseñanza basada en autoridad de hombres. Viven en ciudades griegas y bárbaras, según les cupo en suerte, siguen las costumbres de los habitantes del país, tanto en el vestir como en todo su estilo de

vida y, sin embargo, dan muestras de un tenor de vida admirable y, a juicio de todos, increíble. Habitan en su propia patria, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos, pero lo soportan todo como extranjeros; toda tierra extraña es patria para ellos, pero están en toda patria como en tierra extraña. Igual que todos, se casan y engendran hijos, pero no se deshacen de los hijos que conciben. Tienen la mesa en común, pero no el lecho. Viven en la carne, pero no según la carne. Viven en la tierra, pero su ciudadanía está en el Cielo. Obedecen las leyes establecidas, y con su modo de vivir superan estas leyes. Aman a todos, y todos los persiguen. Se los condena sin conocerlos. Se les da muerte, y con ello reciben la vida. Son pobres, y enriquecen a muchos; carecen de todo, y abundan en todo. Su-

fren la deshonra, y ello les sirve de gloria; sufren detrimento en su fama, y ello atestigua su justicia. Son maldecidos, y bendicen; son tratados con ignominia, y ellos, a cambio, devuelven honor. Hacen el bien, y son castigados como malhechores; y, al ser castigados a muerte, se alegran como si se les diera la vida. Los judíos los combaten como a extraños y los gentiles los persiguen, y, sin embargo, los mismos que los aborrecen no saben explicar el motivo de su enemistad» (CARTA A DIOGNETO, c. V).

³ Sobre este argumento, remito a los siguientes números del Catecismo de la Iglesia Católica: 33; 1706; 1749; 1776; 1778; 1783-1784; 1860; 1962.

⁴ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 106, a. 2.

⁵ «Toda verdad, quienquiera que la diga, procede del Espíritu Santo» (SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I-II, q. 109, a. 1, ad 1).

⁶ Es interesante señalar lo que decían los romanos acerca de las normas jurídicas: «Regla es lo que expone brevemente la cosa tal cual es; el derecho no emana de la regla, sino que ésta procede del derecho establecido» (*Digesto*. Paulus, 16, ad Plaut.). Santo Tomás, hablando de lo que distingue la acción humana, afirma: «Así como vemos en las cosas artificiales que todo trabajo se considera bueno y recto si se lleva a cabo según las debidas reglas, así también la acción del hombre se considera correcta y virtuosa cuando se ajusta a las reglas de la caridad divina» (*Opuscoli Teologici*, II, 1137).

Auxilio en cualquier situación

Con maternal solicitud, Dña. Lucilia obtiene la curación de un accidentado al borde de la muerte y se apresura en atender a una niña que le pide algo casi insignificante. Su ayuda abarca las grandes y pequeñas necesidades de la vida.



Elizabete Fátima Talarico Astorino

A medida que vamos conociendo los numerosos favores que Dña. Lucilia obtiene para quienes recurren a su intercesión, se vuelve más nítida en nuestro espíritu la certeza de que ella es, de hecho, un instrumento de Dios para ayudar a todos los que aún combaten en este valle de lágrimas. Los relatos que transcribimos a continuación son una elocuente muestra de ello.

Curación de una enfermedad en los ojos

Fátima Clara María Rodríguez de González Zúñiga, de Perú, nos transmite su gratitud a Dña. Lucilia tras haber sido curada, por su intercesión, de una enfermedad oftalmológica.

Nos cuenta que, después de un rutinario examen ocular, la médica le detectó una vasculitis retiniana en el ojo derecho. El especialista al que fue derivada le explicó que tenía un daño

irreversible en la retina, probablemente como consecuencia de otra enfermedad, y que lo que entonces tenía que hacer era preservar la vista del ojo izquierdo. Luego de varias pruebas más le diagnosticaron, de hecho, una toxoplasmosis ocular.

Fátima empezó un tratamiento bastante agresivo, que los médicos lo consideraban todavía insuficiente para su recuperación. Sin embargo, confiaba en que Dña. Lucilia intercedería a



Fotos: Reproducción

Vemos cómo Dña. Lucilia actúa sin hacer «acepción de pedidos»: siempre ayuda a quien recurre a ella con fe y confianza

A la izquierda, Fátima Rodríguez con la biografía de Dña. Lucilia en sus manos; a la derecha, Amelie Dousseau con la maleta que le pidió a su intercesora





«Doña Lucilia cuidó de mi hijo, que estaba con traumatismo craneoencefálico y en coma; vive gracias a su intercesión»

A la izquierda, Breno Augusto en coma, en el hospital; a la derecha, Verónica Barboza con su hijo, junto a un sacerdote de los Heraldos del Evangelio



Fotos: Reproducción

su favor y, rogándole su curación, se puso sobre ambos ojos un medallón que contenía cabellos de Dña. Lucilia, que un conocido suyo guardaba con devoción particular y se lo había prestado. Y su oración fue prontamente escuchada.

Periódicamente, Fátima sigue realizándose exámenes oftalmológicos, pero nunca más los médicos encontraron ni siquiera vestigios de la enfermedad.

Una petición simple, pero hecha con confianza

Es impresionante ver cómo Dña. Lucilia actúa sin hacer «acepción de pedidos»: siempre ayuda a quien recurre a ella con fe y confianza. La familia de Ludmila Priscila Beraldo Dousseau pudo comprobar la solicitud de esta bondadosa señora para solucionar incluso una minúscula dificultad.

Hasta mayo de 2021, la familia de Ludmila residía en el litoral paulista. Habiendo visitado en una ocasión una de las casas de los Heraldos del Evangelio localizada en el municipio de Caieiras, en el estado de São Paulo, ella y su marido se quedaron tan encantados con el apostolado que allí se realizaba que decidieron mudarse a la Sierra de la Cantareira, movidos

por el deseo de estar más cerca de dicha institución y poder así participar en sus actividades.

A finales del 2021 una de sus hijas, Amelie, de 10 años, les pidió estudiar en el Colegio Monte Carmelo, hospedándose en una de las casas de la rama femenina de los Heraldos del Evangelio, a modo de experiencia. Dña. Lucilia no dejó de interceder por Amelie, que vio cómo su deseo fue rápidamente realizado.

Ludmila entonces empezó a preparar todo lo necesario para el hatillo de su hija. En cierto momento, ésta pidió a sus padres que le compraran una maleta para transportar sus pertenencias cada semana, cuando regresara a casa. La madre le respondió que la situación económica de la familia no permitía más gastos y le hizo una sugerencia: pídeselo a Dña. Lucilia. Llena de confianza, Amelie presentó su petición a Dios, por intercesión de aquella a quien siempre recurrían en las dificultades.

Aquel mismo día, de vuelta a casa después de la Misa, la familia se encontró con una maleta en la puerta, en perfecto estado. El padre de la joven, Jason Dousseau, recogió la maleta y se la entregó a su hija, que se alegró mucho con la merced recibida de parte de su bondadosa intercesora.

«Si sobrevive, tendrá muerte cerebral»

Una de las notas características de la bondad de Dña. Lucilia es la delicadeza propia de una madre siempre dispuesta a acudir en auxilio de sus hijos en cualquier circunstancia.

De esto nos da un valioso testimonio Verónica Lima Barboza, residente en Montes Claros (Brasil): «El día 26 de febrero de 2021, mi hijo Breno Augusto Lima Barboza Silveira tuvo un accidente de moto en la ciudad de Juiz de Fora. Ingresó en el hospital con TCE (traumatismo craneoencefálico) grave, politraumatismo, hundimiento de cráneo, cerebro desplazado 1,8 cm, varias fracturas en el brazo izquierdo y lesión en el pulmón izquierdo».

En resumen, el joven estaba en coma en el grado 3 de Glasgow, el más profundo estadio, en el cual el paciente no responde a ningún estímulo. Después de una operación de craneotomía descompresiva, el cirujano le dijo a Verónica que «ya estaba hecho todo lo que había que hacer». Y resumió en una breve frase la gravedad de la situación: «Si sobrevive, tendrá muerte cerebral». Es decir, quedaría en estado vegetativo.

En ese trágico momento, Verónica mantuvo una gran paz de alma, con-

fortada por el hecho de que un sacerdote heraldo hubiera acudido al hospital y administrado a su hijo la Unción de los Enfermos. Ella consiguió autorización para visitarlo en el CTI todos los días, pero infelizmente, debido al agravamiento de la pandemia de COVID-19, dichas visitas fueron canceladas.

Doña Lucilia da muestras de su actuación en el caso

«El 8 de marzo —prosigue Verónica—, cuando fueron suspendidas las visitas en el CTI, le pedí a la enfermera jefe que colocara una estampa de Dña. Lucilia junto a Breno Augusto, para que ella lo cuidara en mi ausencia».

El 12 de abril, le dieron el alta del CTI. Los días 21 y 22, en los cuales se conmemoran el aniversario de fallecimiento y el de nacimiento de Dña. Lucilia, el joven mostró alentadoras señales de mejoría: se sentó y levantó la cabeza. Gran sorpresa se llevaron los dos fisioterapeutas que le asistían; uno de ellos, muy contento con tal progreso, le pidió a Verónica que marcara la fecha 21 de abril de 2021 para celebrar esa feliz evolución.

Verónica concluye su relato con sencillas palabras de gratitud: «Dña. Lucilia cuidó de mi hijo en el CTI y hoy está vivo gracias al milagro obrado por su intercesión».

Durante la caída, le rezó a Dña. Lucilia

A menudo nos da la impresión de que ciertas adversidades son permitidas por la Divina Providencia para darles a los intercesores celestiales la oportunidad de mostrar lo mucho que están dispuestos a socorrer a todos los que a ellos recurren.

Algo así le sucedió a Ismael de Faria, también vecino de Caieiras. En silla de ruedas desde hace nueve años, usa un ascensor en su casa para trasladarse de una planta a otra. Un día



Silla de ruedas de Ismael de Faria tras la caída del ascensor

Durante la caída, Ismael rogó a Dña. Lucilia que le protegiera; cuál no fue su sorpresa al ver que ino tenía ni una lesión siquiera!

lo utilizó como de costumbre, pero cuando llegó al piso donde pretendía bajarse, el cable de acero del ascensor se rompió, haciéndolo caer desde una altura de seis metros.

Ismael adoptó entonces la mejor actitud que se puede tener en momentos como ese: durante la caída rezó, rogándole a Dña. Lucilia que lo protegiera. Enseguida fue socorrido por sus familiares y llevado al hospital. A lo largo del recorrido no cesó sus oraciones a la misma señora, pidiéndole que lo ayudara a salir bien de aquella situación.

En el hospital le realizaron varios exámenes, entre ellos una resonancia magnética y una tomografía que, para sorpresa de los médicos, sólo sirvieron para constatar lo mucho que

había sido protegido: ¡no tenía ni una lesión siquiera!

«Estoy curado por intercesión de Dña. Lucilia»

Igualmente, Luiz Humberto de Oliveira Carpane, de Juiz de Fora, nos testimonia una gracia recibida por intercesión de Dña. Lucilia.

Al finalizar un campamento organizado por los Heraldos del Evangelio durante el carnaval, recibió una estampa de Dña. Lucilia como recuerdo de aquellos bendecidos días de convivencia. «Me guardé la foto porque era un recordatorio muy bonito», comenta Luiz Humberto.

Unos días más tarde, en el momento de la acción de gracias durante la Misa, le entregó la foto a una amiga, que la recibió con mucha emoción y devoción. Inspirado por esa buena actitud, Luiz Humberto se sintió inclinado a pedirle a Dña. Lucilia que resolviera un problema de salud que le molestaba mucho, y para el cual, según el médico especialista, la única solución era operarle.

Desde entonces los síntomas de la enfermedad empezaron a disminuir y en poco tiempo desaparecieron por completo. El feliz beneficiado atestigua con alegría y gratitud: «Hoy puedo decir que estoy curado por intercesión de Dña. Lucilia».

* * *

En estos relatos vemos cuán abarcadora es la solicitud maternal de Dña. Lucilia: interviene apresuradamente para obtener de Dios la curación milagrosa de un joven que se encontraba entre la vida y la muerte; por otra parte, atiende con prontitud la plegaria de una niña de 10 años que le pide con entera confianza algo casi insignificante. En nuestras necesidades, enormes o minúsculas, recurramos también nosotros a ella seguros de que seremos escuchados. ✧

Un señorío de afecto

Oigamos una palabra de quien tanto se benefició de la preciosa solicitud de Dña. Lucilia. A propósito del ejercicio de su autoridad materna, afirmaba el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira:

«Había un aspecto en mi madre que yo apreciaba mucho: todo el tiempo, y hasta el fondo de su alma, ¡ella era una señora! En relación con sus hijos, guardaba una superioridad materna que me hacía sentir cuánto yo actuaría mal si transgrediera su autoridad, y cómo semejante actitud de mi parte le causaría tristeza, por ser al mismo tiempo una brutalidad y una maldad. Señora, ella lo era, pues hacía prevalecer el buen orden en todos los ámbitos de la vida.

«Su autoridad era amena. A veces nos castigaba un poco. Pero incluso en su castigo o en su reprensión, la suavidad era tan sobresaliente que le confortaba a uno. Con Roseé, mi hermana, el procedimiento era similar, aunque más delicado, por tratarse de una niña. Sin embargo, la reprimenda no excluía la benevolencia, y mi madre siempre estaba abierta a oír la justificación que sus hijos le quisiesen dar.

«De esta manera, la bondad constituía la esencia de su señorío. O sea, era una superioridad ejercida por amor al orden jerárquico de las cosas, pero desinteresada y afectuosa con relación a aquél sobre quien se aplicaba».

Esta rectitud de alma, que es la verdadera bondad, era cada vez menos comprendida por un mundo propenso a acabar con la incómoda distinción entre el bien y el mal. No obs-

tante, Dña. Lucilia, fiel al espíritu de la Iglesia, continuaba formando a sus hijos en los mismos principios perennes, resistiendo al oleaje del cambio que agitaba a la sociedad.



Doña Lucilia en París,
en 1912

Uno de los rasgos más característicos de la educación dada por Dña. Lucilia consistía en transmitir lecciones morales a través de cuentos o historias. Método lleno de sabiduría, utilizado por el propio Hombre Dios en sus predicaciones, constituyendo las parábolas algunas de las páginas más bellas y ricas de los Evangelios, por sus divinas enseñanzas envueltas en una poesía sin igual.

En sus narraciones, Dña. Lucilia tenía en vista enseñar el desapego. Si fuera necesario sacrificar la posición social, la fortuna o hasta la vida a fin de cumplir enteramente con el deber, ella lo haría, y resaltaba que esa era la única actitud propia en tales circunstancias. La vida no está hecha para el placer, sino para cargar sobre los hombros, de buen grado, la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, principio amado y puesto en práctica por ella en su vida diaria, no sólo por su resignación, sino también por su postura decidida frente a las adversidades. Al contar algún hecho ocurrido a otra persona, participaba de la alegría o de los dolores de los implicados, virtud ésta que alimentaba su gusto en describir pequeños episodios de la vida real.

Siempre estimulaba en sus hijos a anhelar el honor y a adquirir respetabilidad a través de sus virtudes personales, sin volverse ambiciosos o ávidos de dinero.

Hablaba casi exclusivamente del bien, de la verdad y de lo bello; se diría que no veía la realidad sino a través de esos prismas. Sin embargo, cuando correspondía censurar algo malo, era difícil encontrar a alguien que la excediese en el desempeño de esa obligación. Por su sentido de justicia, junto al elogio de los méritos ajenos, tampoco faltó nunca en sus labios la reprobación del mal. ✧

Extraído, con adaptaciones, de:
CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio.
Doña Lucilia. Città del Vaticano-Lima:
LEV; Heraldos del Evangelio,
2013, pp. 232-233.



Foto: Alain Patrick



Ucrania – Misioneros de Italia y Portugal partieron de sus respectivos países hacia Polonia, llevando material de primera necesidad a los ucranianos afectados por la guerra. Al entregar estos víveres en refugios y parroquias, los misioneros se preocuparon especialmente por brindarles también consuelo espiritual.



Foto: Roberto Salas Vargas

Guatemala – Tres concurridas ceremonias de consagración a la Virgen se llevaron a cabo en la casa de los Heraldos de Ciudad de Guatemala, los días 26, 27 y 28 de febrero. El curso preparatorio, de treinta clases, se realizó por internet a través de la Plataforma de Formación Católica Reconquista, de los Heraldos del Evangelio.



Juan Pablo Serna



Maria Paz Miracca

Colombia – El 22 de febrero, diecisiete nuevos cooperadores recibieron la capa en una ceremonia realizada en la casa de los Heraldos de Medellín (izquierda). Al día siguiente, misioneros de las ramas masculina y femenina de esta ciudad visitaron los colegios Fernando González, José Manuel Restrepo Vélez y Alejandro Vélez Barrientos (derecha).

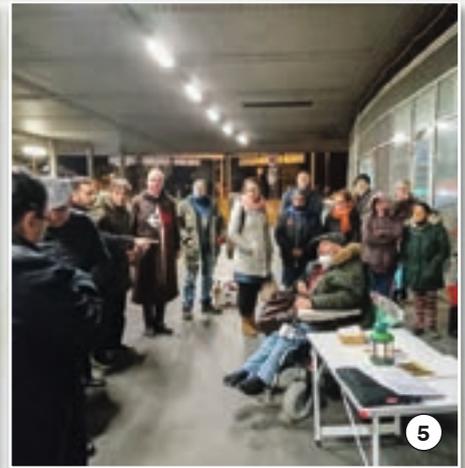


Foto: Antonio Carneiro / Hugo Alves

Austria – La parroquia de San José, de Viena, frecuentada por un buen número de hispanohablantes, invitó a los Heraldos de España y de Portugal a conmemorar el triduo de su patrón realizando una misión mariana en su jurisdicción. Se celebraron misas en alemán y español (foto 2); hubo momentos reservados para la veneración de la Imagen peregrina; el sábado se rezó el Rosario de la Aurora por las calles de la feligresía (foto 1); se visitaron numerosas residencias (fotos 3 y 4) y ni siquiera las personas necesitadas que viven bajo el puente de Praterstern fueron olvidadas por los misioneros (foto 5).



Foto: Ronny Fischer

México – En la fiesta de Nuestra Señora de Lourdes, hubo una misa en el Sagrario metropolitano de Ciudad de México, edificio anexo a la catedral, seguida de un reparto de medallas (derecha). Días después, la solemnidad de San José fue conmemorada con una adoración y celebración eucarística en su basílica, también en la capital (izquierda).

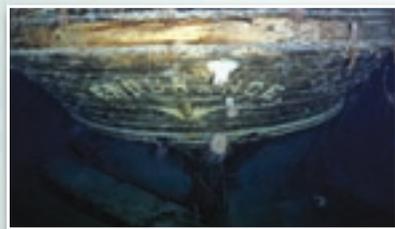


Crece el número de adolescentes que piden el Bautismo

Un fenómeno sorprendente se viene observando en países de cultura occidental, sobre todo en Francia y en España: crece el número de adolescentes que piden el Bautismo. A veces se trata de hijos de inmigrantes no cristianos y de otras culturas, pero también los hay que proceden de familias católicas que se apartaron de la religión.

El hecho sorprendió a las parroquias, que no tenían estructurada una catequesis para esa franja de edad, cuyas necesidades difieren mucho de las de los adultos y la de los niños, público habitual de las clases de preparación para el Bautismo.

Según la información recogida por Joëlle Eluard, responsable del servicio de catequesis y catecumenado de adultos de las diócesis francesas, se estima que, solamente en Francia, cerca de 3000 adolescentes han sido bautizados cada año, desde que empezaron a observar el inusual fenómeno en 2016.



Reproducción

Hallado el «Endurance», naufragado en la Antártida

Imaginar que, pasados más de un siglo, un barco naufragado pudiera ser encontrado, en el fondo del mar y en buen estado, puede sonar a fantasía.

Pero eso fue precisamente lo que ocurrió: el 5 de marzo un equipo de sesenta especialistas localizó en el mar de Weddell, a 3008 metros de profundidad, el famoso bergantín *Endurance*, cuyo nombre significa «resistencia».

La embarcación zarpó del puerto de Plymouth, Inglaterra, con destino a la Antártida en 1914. A bordo estaba Ernest Shackleton, promotor de la expedición, acompañado de veintisiete hombres cuyo objetivo era realizar la hazaña hasta entonces inédita de atravesar a pie el continente helado. No obstante, a tan sólo a un día de navegación del lugar del desembarque, el *Endurance* quedó atrapado en una banquisa en el mar de Weddell, hundándose definitivamente tiempo después.

La lucha por la supervivencia de Shackleton y sus compañeros se convirtió en un paradigma de fortaleza ante las adversidades, así como un modelo de fidelidad de la tripulación para con su capitán y de celo incansable por parte de éste, el cual partió en una misión casi imposible en busca de socorro y supo unir a sus hombres en la certeza de que no los abandonaría, sino que volvería para rescatarlos, como de hecho milagrosamente ocurrió meses después.

Congreso de música litúrgica en Francia

Ecclesia Cantic es el primer movimiento de estudiantes y jóvenes profesionales expertos en técnicas de canto que, en el ámbito nacional, se reunieron en Francia en torno al cántico litúrgico, a fin de promover la belleza de la liturgia y la evangelización a través de la música. La asociación está presente en diversas parroquias y diócesis del país galo y promueve, cada dieciocho meses, una asamblea nacional para sus miembros.

El encuentro más reciente tuvo lugar en Lille, los días 26 y 27 de marzo, y reunió a cerca de mil jóvenes católicos. El programa constó de varias conferencias y momentos de oracio-

nes, concluyendo con un concierto público en la catedral de Notre Dame de la Treille. Forma parte de la iniciativa despertar el espíritu de evangelización entre los jóvenes, que son enviados al centro de las ciudades en pequeños coros para «llevar la alegría del Evangelio a sus habitantes».



Elisabete Maria Angelina

Clausura de un año jubilar en Portugal

Concluía en marzo el año jubilar que marcó los 375 años de la coronación canónica de Nuestra Señora de la Concepción como Reina y Patrona de Portugal, en el santuario de Vila Viçosa. La solemne Eucaristía, cuyo celebrante principal fue Mons. José Ornelas Carvalho, SCI, obispo de Leiria-Fátima y presidente de la Conferencia Episcopal Portuguesa, contó con la presencia de varios obispos del país, además de autoridades civiles y militares, entre ellas el presidente de la República.

El celebrante destacó que el profundo significado de la ceremonia estaba vinculado a las raíces e identidad de Portugal. Al final de las conmemoraciones, el presidente de la República condecoró a la Real Cofradía de Nuestra Señora de la Concepción de Vila Viçosa como miembro honorario de la Orden del Mérito, enseña portuguesa cuyo objetivo es distinguir hechos y servicios loables a favor de la nación.

Religiosas acogen a refugiados ucranianos

En poco más de un mes de guerra, 924 conventos en Polonia y 98 en Ucrania, de las cerca de 150 congregaciones de religiosas presentes en ambas naciones, acogieron a miles de refugia-



Llegada de la imagen peregrina de Nuestra Señora de Fátima a Lviv, Ucrania

Imagen de la Virgen de Fátima llega a Ucrania

El día 17 de marzo, la imagen peregrina de Nuestra Señora de Fátima llegaba a Leópolis (Lviv), al oeste de Ucrania, siendo recibida por centenares de fieles que la esperaban en la iglesia de la Natividad, desde donde comenzó su visita a la ciudad.

Ante la invasión rusa en el territorio ucraniano, el arzobispo greco-católico de Lviv, Mons. Ihor Vozniak, CSsR, solicitó al Santuario de Fátima, de Portugal, el envío de la imagen peregrina, petición que prontamente fue atendida.

Era la primera vez que la imagen peregrina recorría tierras ucranianas.

dos, prestándoles ayuda espiritual, psicológica, médica y material. Se estima que el número de beneficiados alcanza las 18 000 personas, según el Consejo de Superiores Mayores de Congregaciones de Religiosas de Polonia.

Además de ofrecerles abrigo, las monjas contribuyen en la recolección, preparación y suministro de alimentos para los refugiados, buscan incluirlos en el mercado laboral, actúan como traductoras y organizan clases para niños y adolescentes. También están en la vanguardia de la recaudación de productos para enviarlos a Ucrania.

Vandalismo satánico en Estados Unidos

El 23 de febrero, las imágenes de la iglesia de la Sagrada Familia de Jacksonville, Florida, fueron vanda-

lizadas y desfiguradas con pintura negra. Las palabras «Salve Satanás» aparecieron escritas en la imagen del Niño Jesús, con caracteres vulgares, y un símbolo satánico, dibujado en la cabeza de la imagen de San José.

Las cámaras de seguridad grabaron a tres personas sospechosas en el lugar por la noche, las cuales están siendo buscadas por la Policía. El ataque se suma a una ola preocupante de falta de respeto y actos sacrílegos cometidos contra iglesias católicas en Estados Unidos.

Ordenado sacerdote católico un ex obispo anglicano

El nuevo sacerdote católico Jonathan Goodall, de 60 años, fue ordenado el 12 de marzo por el cardenal Vincent Gerard Nichols, arzobispo de

Westminster, Inglaterra, y será párroco de la iglesia de San Guillermo de York, de Londres.

El P. Goodall fue obispo anglicano y abdicó de este ministerio en septiembre de 2021, cuando proclamó su conversión al catolicismo. «He tomado la decisión de renunciar como obispo de Ebbsfleet para ser recibido en plena comunión con la Iglesia Católica Romana, tras un largo período de oración, que ha sido uno de los períodos más difíciles de mi vida», afirmaba.

Es el segundo obispo de Ebbsfleet que se convierte a la Iglesia Católica. En el 2010 el P. Andrew Burnham renunció al mismo cargo para ser ordenado sacerdote al año siguiente. En 2021 cuatro obispos anglicanos fueron recibidos en la Iglesia Católica.



Suscribase gratis en
ES.GAUDIUMPRESS.ORG



Siga aquí las principales noticias de la Iglesia católica en el mundo y en el Vaticano



La vela pretenciosa

Ilustraciones: Tatiana Villegas



¿Qué insólito comportamiento era ese? Por lo visto, no todos estaban compenetrados de la grandeza de la Santa Misa...



Ana Bogado Cárdenas

Suena el grave tañido de las campanas: ¡talán, tolón, talán, tolón! Sus repiques invitan a los católicos a prepararse para el Santo Sacrificio, que está a punto de comenzar.

Ardientemente deseosos de ayudar en el servicio del altar, los monaguillos ya están en su sitio en silencio, esperando que empiece la celebración. El celoso sacristán comprueba una vez más que todo esté en orden, especialmente la mesa sagrada, donde tendrá lugar el milagro de la transubstanciación eucarística.

En esa envolvente atmósfera, de repente se oye una voz:

—¡Oh, qué hermosa ceremonia va a realizarse pronto! —le decía el mantel de lino al altar.

—¡Sí, sí, sí! —le respondía éste—. Los peregrinos que aquí llegan los domingos tienen muchas ganas de participar en esta Misa, porque en ningún otro lugar se celebra el Día del Señor con tanto esplendor y sacralidad.

Tras estas palabras, comienza la Celebración Eucarística con una solemne procesión formada por el crucero —el que lleva la cruz—, los monaguillos con los ciriales —también llamados ceroferrarios—, los

acólitos, diáconos y, finalmente, el sacerdote.

Dispuestos en los bancos, los fieles parecían extasiados con el ambiente en el despuntar mismo del acto litúrgico.

Sin embargo, ese día se dio un comportamiento insólito, pues no todos estaban compenetrados de la grandeza de la Santa Misa... Una de las velas trataba de sobresalir de entre las demás, generando, con su pabito demasiado largo, una llama más grande.

Ya era famosa entre los demás ornatos litúrgicos por su pretensión. Se gloriaba de la belleza que confería su luz, creía que era el objeto principal del altar y se juzgaba hecha del material más precioso existente sobre la faz de la tierra. Pero ese día recibiría una

lección que nunca se borraría de su memoria.

En el momento del sermón, notó que la mirada de los presentes no se dirigía hacia ella, sino hacia el púlpito, donde el sacerdote comentaba, con inspiradas palabras, los misterios de



Durante la Misa una de las velas trataba de destacar sobre las demás, creyéndose ser el principal objeto del altar

la vida de Jesús. Así que decidió moverse locamente para «reconquistar» al público. No obstante, todo fue en vano: los fieles permanecían concentrados en las exhortaciones del celebrante.

Sólo una persona se percató de esa actitud tan desconsiderada: el sacristán.

El resto de los objetos litúrgicos comprendieron lo que planeaba el personaje y se escandalizaron profundamente. De hecho, no se daba cuenta de lo feo que es la manía de llamar la atención sobre sí. En general, cuanto más trata alguien de ser glorificado, más despreciable se vuelve para quienes lo rodean.

Sus compañeros se lo reprochaban, al mismo tiempo que sentían lástima por ella: «Pobrecita», se decían, «no se da cuenta del papel tan ridículo que está protagonizando al actuar de esta manera». Y la dejaron de lado, porque querían seguir escuchando el sermón del sacerdote sin distraerse con cosas

secundarias. Y permanecieron recogidos hasta el final de la celebración.

Al ver frustrados sus objetivos, no se detuvo ahí: concluida la homilía e iniciado el ofertorio, intensificó todavía más su llama. Aun así, no sirvió de nada... Y pensó para sus adentros:

—¡Qué insensatez! ¿Nadie ha notado la belleza de mi combustión?

La Misa proseguía, hasta que llegó el momento de la consagración. Como toda la gente estaba pendiente del altar, ya que allí se encontraban las especies eucarísticas, la vela imaginó erróneamente que era ella la que estaba siendo contemplada tan atentamente. Y gritó:

—¡Por fin! ¡Fijaos cuántas miradas se ven atraídas por mí, extasiadas con mi irradiación! Mi luz da vida al ceremonial; soy el elemen-

to sin el cual no puede haber Misa. Presento el más alto simbolismo: mi cera más pura recuerda que Cristo es el Hijo de la siempre Virgen e Inmaculada María; mi fuego, alimentado por mi pabilo, representa la fe que los fieles del mundo entero de-



El sacristán no lo dudó: apagó la vela y la metió en el fondo de un cajón

ben conservar con fuerza en su alma para iluminar el universo. ¡Oh, sí, soy realmente extraordinaria!

Su exaltación egocéntrica fue *in crescendo*, hasta el momento en que el sacristán ya no pudo permanecer inerte ante aquellos movimientos exagerados. De hecho, esperaba que el pabilo se redujera de tamaño a medida que se consumía el fuego y así la llama también disminuiría. Sin embargo, al ver que la mecha no se ajustaba, antes de la comunión se acercó y la dobló discretamente, esperando que eso solucionara el problema.

La vela protestó indignada:

—¿Qué está pasando? ¡¿Este hombre está tratando de atenuar mi brillo?! ¡Qué barbaridad!

Y decidió destacarse tanto como el sacristán había tratado de sofocarla.

Entonces le ocurrió lo peor: le cortaron casi todo el pabilo. La desdichada vela se sentía como si la muerte se apoderara de ella... No esperaba que pudiera pasarle algo así. Lloraba escandalosamente, al mismo tiempo que intentaba mantener las apariencias ante los demás objetos del presbiterio.

Mientras los fieles se ponían en la fila para recibir el Cuerpo y la Sangre de Jesús, ella tejía una sarta de murmuraciones:

—¿Por qué pasan sin prestar atención en mí? ¡Pero qué desconsideración! ¡Qué falta de percepción!

Y, para asombro de todos, empezó a comportarse peor que antes: tuvo la osadía de soltar ostentosas chispas, con la finalidad de recibir la ansiada consideración. Eran centellas que le parecían brillantes y bellas, capaces de restaurar la «honra perdida». A su vez, los otros veían lo absurdo de ese comportamiento.

El sacristán, ya impaciente, se dijo a sí mismo:

—¡Dios mío! No logro a asistir correctamente la Misa. Esta vela me está distrayendo a mí y a todos los fieles también. ¡Voy a ponerle fin a esta situación!

Sin más remedio, fue al altar, cogió el candelabro, apagó la vela y se la llevó... A continuación, trajo una nueva para reemplazarla. Y la antigua quedó guardada en un cajón, sin soporte, sin fuego, sin luz, sin miradas ajenas, sin dejar buenos recuerdos...

Esto es lo que puede llegar a ocurrirle a quien anhela ser visto y busca el elogio de los demás en todo momento. Esta es la ruina de las personas pretenciosas: cuanto más quieren llamar la atención, más serán relegadas. Con razón nos advierte la célebre frase del Señor: «El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido» (Lc 18, 14). ✧

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. III Domingo de Pascua.

San José Obrero.

Beata Mafalda, virgen (†1257). Hija del rey Sancho I de Portugal. Tomó el hábito en el monasterio de Arouca e introdujo allí la reforma cisterciense.

2. San Atanasio, obispo y doctor de la Iglesia (†373 Alejandría - Egipto).

Santa Wiborada, virgen y mártir (†926). Se encerró en una celda junto a la iglesia de San Magno, en San Galo, Suiza, para llevar una vida de oración y sacrificio. Fue martirizada por los invasores húngaros.

3. Santos Felipe y Santiago, apóstoles.

Beata Emilia Bicchieri, virgen (†1314). A pesar de haber sido, en varias ocasiones, priora del monasterio dominico de Vercelli, Italia, trabajaba con mucha alegría en los servicios más humildes.

4. Beato Ladislao de Gielniow, presbítero (†1505). Religioso franciscano fallecido en Varsovia. Predicó con extraordinario fervor la Pasión del Señor y compuso piadosos himnos en su loor.

5. San Avertino, diácono (†1189). Acompañó a Santo Tomás Becket al destierro y, tras la muerte de su

maestro, vivió como ermitaño en Vençay, Francia.

6. Santa Benita, virgen (fs. VI). Compañera de Santa Gala en el monasterio fundado por ésta en Roma. Falleció un mes después de la muerte de su amiga predilecta.

7. Beata Gisela, reina (†1060). Esposa del rey San Esteban. Colaboró con él en la evangelización de Hungría. Tras enviudar, ingresó en el monasterio benedictino de Niederburg.

8. IV Domingo de Pascua.

San Bonifacio IV, Papa (†615). Transformó el edificio del Panteón en una iglesia dedicada a la Santísima Virgen y todos los mártires. Fomentó la disciplina monástica.

9. San Hermas, uno de los cristianos mencionado por el apóstol San Pablo en la Carta a los Romanos.

10. San Juan de Ávila, presbítero y doctor de la Iglesia (†1569 Montilla - España).

Santa Solangia, virgen y mártir (fs. IX). A los 16 años, prefirió el martirio, en Bourges, Francia, que perder su virginidad.

11. San Mamerto, obispo (†c. 475). Con motivo de una inminente calamidad, instituyó en Vienne, Francia, unas solemnes letanias

para el triduo preparatorio de la solemnidad de la Ascensión.

12. Santos Nereo y Aquiles, mártires (fs. III Roma).

San Pancracio, mártir (fs. IV Roma).

Beata Imelda Lambertini, virgen (†1333). Admitida desde muy pequeña en un monasterio dominico, demostraba gran deseo de cumplir. Murió con 11 años, después de haber recibido de forma milagrosa la sagrada Eucaristía.

13. Nuestra Señora de Fátima.

Santa Inés de Poitiers, abadesa (†588). Consagrada por la bendición de San Germán de París, gobernó con espíritu de caridad el monasterio de Santa Cruz de Poitiers, Francia.

14. San Matías, apóstol.

Santa María Dominica Mazzarello, virgen (†1881). Fundó junto con San Juan Bosco en Mornese, Italia, el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora.

15. V Domingo de Pascua.

San Isidro, labrador (†c. 1130 Madrid).

16. San Brendán, abad (†577/583). Fundador del monasterio de Clonfert, Irlanda, diligente propagador de la vida monástica.

17. San Pascual Bailón, religioso (†1592 Villareal - España).

Santa Restituta, virgen y mártir (†c. 304). Asesinada en Cartago durante las persecuciones de Diocleciano.

18. San Juan I, Papa y mártir (†526 Ravena - Italia).

San Erico IX, rey y mártir (†1161). Monarca sueco que envió a Finlandia al obispo San Enrique para que propagara el Evangelio.



**Cuerpo incorrupto de la Beata Imelda Lambertini
Capilla de San Segismundo, Bolonia (Italia)**

Murió apuñalado mientras asistía a Misa.

19. Beato Rafael Luis Rafiringa, religioso (†1919). Religioso lasaliano que, convertido del paganismo, mantuvo la presencia y la vitalidad de la Iglesia en Madagascar cuando todos los sacerdotes habían sido expulsados.

20. San Bernardino de Siena, presbítero (†1444 L'Aquila - Italia).

Beata Columba de Rieti, virgen (†1501). Nacida de una familia noble de Perugia, Italia, ingresó en la Congregación de las Hermanas de la Penitencia de Santo Domingo y promovió la paz entre los bandos que se hallaban en conflicto en la ciudad.

21. San Cristóbal Magallanes, presbítero, y compañeros, mártires (†1927 México).

San Hospicio, eremita (†c. 581). Vivió en una derruida torre en los alrededores de Niza, Francia, practicando ayunos y penitencias. Recibió el don de los milagros y el de profecía, prenunciando, incluso, la invasión de los longobardos.

22. VI Domingo de Pascua.

Santa Joaquina de Vedruna, religiosa (†1854 Barcelona - España).

Santa Rita de Casia, religiosa (†c. 1457 Casia - Italia).

Beata María Dominica Brun Barbantini, religiosa (†1868). Tras enviudar, fundó en Lucca, Italia, la Congregación de las Hermanas Ministras de los Enfermos de San Camilo.

23. San Eutiquio, abad (†c. 487). Llevó vida solitaria junto con San Florencio, en las proximidades de Nursia, Italia, y luego go-



Andreas F. Borchert (CC BY-SA 3.0)

San Brendrán - Iglesia de Santiago, Glenbeigh (Irlanda)

bernó santamente un monasterio cercano.

24. María Auxiliadora.

Beata Juana. Esposa de Cusa, procurador de Herodes. Fue una de las Santas Mujeres que seguían a Jesús y lo servían con sus recursos.

25. San Beda el Venerable, presbítero y doctor de la Iglesia (†735 Jarrow - Inglaterra).

San Gregorio VII, Papa (†1085 Salerno - Italia).

Santa María Madalena de Pazzi, virgen (†1607 Florencia - Italia).

Beato Gerardo Mecatti, eremita (†c. 1245). Distribuyó sus bienes entre los pobres y se retiró a la soledad en Villamagna, Italia.

26. San Felipe Neri, presbítero (†1595 Roma).

San José Chang Söng-jib, mártir (†1839). Farmacéutico coreano convertido a la fe cristiana. Fue preso y asesinado en Seúl tras sufrir atroces tormentos.

27. San Agustín de Canterbury, obispo (†604/605 Canterbury - Inglaterra).

San Gonzaga Gonza, mártir (†1886). Sirviente del rey de Uganda, traspasado con lanzas por los verdugos mientras era llevado encadenado a la hoguera.

28. Beata Margarita Pole, madre de familia y mártir (†1541). Condesa de Salisbury, fue despojada de todos sus bienes y decapitada con 68 años, tras sufrir vejaciones durante dos años de cárcel en la Torre de Londres.

29. Solemnidad de la Ascensión del Señor.

Beata Gerardesca, viuda (†c. 1269). Pasó su vida en una celda, cerca del monasterio camaldulense de San Sabino, de Pisa, Italia, dedicada a las alabanzas al Señor.

30. San Fernando III, rey (†1252 Sevilla - España).

Santos Basilio y Emilia (†349 y 372). Matrimonio de Capadocia, actual Turquía, que instruyó en el camino de la perfección a sus diez hijos, de los cuales cuatro son venerados en los altares: los santos obispos Basilio Magno, Gregorio de Nisa y Pedro de Sebaste y Santa Macrina.

31. Visitación de la Virgen María.

Beato Jacobo Salomoni, presbítero (†1314). Con 16 años, distribuyó sus bienes entre los pobres e ingresó en el monasterio dominico de Venecia.

La cadena indestructible de María

Nuestra Señora nos ha asociado a la guerra contra el mal para que aplastemos el fútil orgullo del dragón. En esta lucha, es de gran valía la unión existente entre los que por Ella combaten.



Hna. Aline Karolina de Souza Lima, EP

«**P**ondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu raza y su descendencia» (Gén 3, 15), sentenció el Creador tras la caída de nuestros primeros padres. Se trata de una guerra librada entre dos adversarios irreconciliables: la estirpe de los hijos de la Virgen bajo las órdenes de su Soberana y la raza de los secuaces de la serpiente con su líder.

Este antagonismo se halla plasmado en la imagen de Nuestra Señora del Apocalipsis, que retrata a la Madre de Jesús conforme fue contemplada por San Juan en la isla de Patmos: una dama vestida de sol, con la luna bajo sus pies y con una corona de doce estrellas sobre su cabeza (cf. Ap 12, 1). Sin embargo, en la escultura resalta otro aspecto que no consta en el libro bíblico: María, la capitana de las tropas del Altísimo, aplasta y castiga al dragón infernal tan sólo con su calcañar y una cadena. ¡Magnífica figura!

Simbólica en todos sus detalles, la representación despierta curiosidad: ¿qué significa más concretamente la cadena?

La cadena metálica está formada por la concatenación de eslabones individuales engarzados unos

con otros. Puesta en las manos de la Santísima Virgen puede simbolizar a las almas escogidas por Ella y el vínculo existente entre estos elegidos. La mutua conexión de espíritus está fundamentada en el amor a Dios y por tal motivo cumplen idéntico propósito; en suma, se trata de la unión de inteligencias y de voluntades de los hijos de la luz, en plena consonancia con su Reina.

En este sentido, San Luis María Grignon de Montfort exhorta en una de sus obras: «Uníos fuertemente mediante la unión del espíritu y del corazón, que es infinitamente más fuerte y terrible para el mundo y para el infierno que, para los enemigos del Estado, las fuerzas exteriores de un reino bien unido». ¹ Y a continuación el santo mariano exclama con vehemencia: «Los demonios se unen para perderos; ¡uníos para derrotarlos!». ²

Comentando estas palabras, el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira explica que se trata de «la visión de la lucha como enfrentamiento entre dos uniones, las cuales no significan coligaciones estratégicas de fuerzas, sino de amores opuestos, que definen la victoria o la derrota, ante todo por su distinta intensidad». ³

La Santísima Virgen decide vencer al demonio no únicamente aplastándolo con su purísimo calcañar, sino haciendo uso de esa cadena que son sus elegidos, para humillar el fútil orgullo del dragón. ¡Hemos aquí asociados a las guerras de María contra el mal!

No obstante, para que la victoria tenga lugar, hemos de permanecer unidos, coparticipando del mismo ideal y no desligándonos nunca de los demás.

Grandes acontecimientos se avecinan; lo que le espera a la humanidad, sólo Dios lo sabe. En esta coyuntura, la cohesión entre los que constituyen el ejército de la Reina del universo es esencial, ya que solamente juntos podemos obtener de Ella todas las gracias y medios necesarios para la realización de nuestra misión en la Iglesia. Basta con estar vigilantes para que no corramos la suerte inevitablemente reservada a quienes desearan ser eslabones separados: la derrota.

Estemos, por tanto, bien unidos y con nuestros corazones clavados en la Generalísima de los ejércitos de Dios, para convertirnos en instrumentos eficaces en las manos de aquella que «es imponente como un batallón en orden de combate» (cf. Cant 6, 10). ✧



**Nuestra Señora del
Apocalipsis - Casa Rosa
Mystica de los Heraldos del
Evangelio, Mairiporã (Brasil)**

¹ SAN LUIS MARÍA DE MONTFORT.
Carta circular aos amigos da Cruz. Rio
de Janeiro: Santa Maria, 1954, pp. 13-14.

² Ídem, p.14.

³ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. A *Car-
ta circular aos amigos da Cruz* — II.
União dos espíritos e dos corações. In:
Dr. Plínio. São Paulo. Año X. N.º 113
(ago, 2007); p. 15.

Combatiré por tu amor

Señor, Dios de los ejércitos, que nos dijiste en tu Evangelio: «No he venido a sembrar paz, sino espada», ármame para la lucha. Deseo ardientemente combatir por tu gloria, pero te lo suplico: fortalece mi valentía... Entonces con el santo rey David podré exclamar: «Sólo tú eres mi escudo; eres tú, Señor, quien adiestras mis manos en la guerra...».

¡Oh mi Amado! Entiendo bien a qué combate me destinas; no es en los campos de batalla donde lucharé...

Soy prisionera de tu amor, he remachado libremente la cadena que me une a ti y me separa para siempre del mundo que has maldecido... Mi espada no es otra sino el amor, con el cual expulsaré del reino al extranjero y te haré proclamar Rey en las almas que se niegan a someterse a tu divino poder.

Sin duda, Señor, un instrumento tan frágil como yo no te es necesario, pero Juana, tu virginal y valerosa esposa, dijo: «Hemos de luchar para que Dios dé la victoria».

Oh Jesús mío, combatiré por tu amor hasta el atardecer de mi vida. Y ya que no quisiste disfrutar el descanso en esta tierra, quiero seguir tu ejemplo y espero que se cumpla en mí esta promesa que salió de tus divinos labios: «Si alguien me sigue, dondequiera que yo esté, él también estará allí, y mi Padre lo honrará».

Oración compuesta por Santa Teresa del Niño Jesús, inspirada en una imagen de Santa Juana de Arco.



Santa Teresa del Niño Jesús representando el papel de Santa Juana de Arco en una pieza de teatro